

172-1



Adorable

Intrusa

Judy
Cannon



Voie de Balle Gurguiz

ADORABLE INTRUSA

Fiori di Battelle cur quia

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasejo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

Adorable intrusa

Divertida comedia musical

Dirección:

JOSEPH STANLEY

Distribuida por

Organización



Valencia, 213
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Judy Canova

Bob Crosby

Charles Butterworth

Jerry Colonna

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

ADORABLE INTRUSA

Argumento de la película

—¿Quién es ese Hoskins a quien debo felicitar en el día de su cumpleaños?—preguntó el alcalde a su secretario, mientras el auto corría por las calles de la ciudad en dirección al hotel donde se hospedaba el ilustre ciudadano al que iban a festejar.

—No se llama Hoskins, señor alcalde, ni es su cumpleaños—corrigió el secretario con resignación, pues estaba ya acostumbrado a las distracciones del señor alcalde—. Se llama Hopkins; ha inventado una máquina de lavar ropa y se retira después de treinta años de dirigir la compañía fontanera más importante de la ciudad.

—¡Ah!... ¡Un fontanero!... ¿Pero qué puedo yo decir sobre un fontanero?... ¿Tiene usted algo preparado, mi querido Rollo?

—Sí, señor; yo mismo he redac-

tado el discurso. Aquí está. Lo he titulado "Un buen trabajo, debe premiarse".

—¡Ja, ja! ¡Buena idea!... Supongo que no faltarán los periodistas, para que puedan recoger mis palabras.

—He mandado ya el discurso de Su Excelencia a todos los periódicos. Mañana lo publicarán íntegro.

—¡Bravo, mi buen Rollo, bravo!... Pero... a ver si termino en seguida, porque tengo que asistir a una inauguración.

* * *

En el hotel esperaban con impaciencia al señor alcalde, que venía a festejar a aquel gran obrero que había sido Hopkins y que se reti-

raba ahora, después de una vida laboriosa dedicada exclusivamente a arreglar cañerías, a cambiar grifos, a desobstruir desagües, etc.

—Vayan a buscar al señor Hopkins en seguida... ¡El señor alcalde va a llegar de un momento a otro! —decía el director, impaciente y nervioso.

—¡Pero si hace una hora que le estamos buscando por todas partes y no acertamos a dar con él!

—Sin embargo, aseguran no haberle visto salir del edificio.

—No; nadie lo ha visto salir.

—Pues es preciso encontrarle.

—¿Dónde puede estar metido?

—Vean si está en el almacén.

—Lo hemos recorrido todo sin resultado.

—¡Oh!... ¡Y el señor alcalde llega en este momento!

—Sí... acaba de bajar del auto... Ya está aquí.

El señor alcalde entró seguido de Rollo y, con la sonrisa estereotipada en sus labios, se adelantó hacia el director, saludándole rendidamente.

—Señor Hopkins, mi querido señor Hopkins, como alcalde de la ciudad, le felicito por su jubilación...

—¡Ejem!... — carraspeó Rollo,

dando a entender al alcalde que se estaba equivocando.

—¿Qué? ¿Sucede algo?

—Señor, el señor Hopkins es aquél... —insinuó Rollo, haciendo un ligero gesto.

—¡Ah, mi querido señor Hopkins!... ¿Cómo está usted?... Como alcalde de la ciudad le felicito...

También esta vez se equivocaba el alcalde, saludando a otro caballero que nada tenía que ver con Hopkins, y de nuevo Rollo tuvo que emplear su tosecilla seca para llamarle la atención.

—No, no, señor alcalde... El señor Hopkins es aquél... —dijo, señalando una fotografía que presidía el salón y que mostraba a Hopkins en toda su ingenua expresión de obrero contento de su suerte, sin grandes ambiciones y satisfecho de vivir como tal.

—¿Qué?... ¡Ah!... ¡Comprendo, comprendo!... ¡Perdonen!... Soy un poco corto de vista—se excusó el alcalde mirando a Rollo, como si le pidiera auxilio en aquel apurado trance.

Rollo estaba siempre al quite cuando iba con el alcalde y preguntó:

—¿Dónde está la llave inglesa de oro que ha de entregar el señor al-

calde a Hopkins en conmemoración de este solemne día?

—Aquí... está aquí... Hemos creído que debía colocarse en el lugar más visible del salón... Señor alcalde, si quiere usted tomarla...

El alcalde se adelantó, tomó en sus manos la gran llave inglesa que, como trofeo de sus años de trabajo, iban a regalar a Hopkins, y la dejó de nuevo rápidamente porque sintió que sus dedos quedaban pegados en ella.

—¡Oh!... ¡Muy bonita... pero... un poco... pegajosa!—murmuró el alcalde, no sabiendo qué hacer con sus dedos llenos de pintura.

—¡Oh, perdón!... ¡Creí que la pintura ya estaría seca!... ¡No pensé que tardaría tanto en secarse...

—¡Pues me ha fastidiado usted!

—Lo lamento mucho, señor alcalde.

—No lo lamente tanto y déjeme lavarme las manos. ¡Vaya pringue!

—Si quiere pasar al lavabo particular del señor Hopkins...—sugirió el director, que estaba muy confuso con aquel percance.

—Claro, claro, donde sea...—replicó el alcalde, que abrió y cerraba la mano, para comprobar que sus dedos estaban pegajosos como si los hubiera mojado en engrudo.

Le acompañaron al lavabo y se dispuso a lavarse bien, porque aquella pintura amenazaba quedar pegada en su mano eternamente.

Al otro lado del tabique donde estaba situado el lavabo, había una bañera que estaba obstruida y que un operario trataba de desobstruir por todos los medios a su alcance. Estaba el obrero descalzo, con los calzones subidos, metido en el agua y hurgando en el desagüe con un alambre largo, con el que intentaba dar paso al agua detenida.

Naturalmente, como las cañerías coincidían, el alambre llegaba hasta el desagüe del lavabo y, sin que el alcalde lo advirtiera, se lo enganchó en la corbata mientras estaba inclinado lavándose las manos, y la fué arrancando de su cuello.

—¡Eh!... ¡Qué pasa!—gritó el alcalde al darse cuenta de aquel extraño suceso—. ¡Que la corbata es mía!... ¡Quietos!... ¡Esto no se puede tolerar!...

Pero como el operario no oía sus gritos, tiró de nuevo del alambre y la corbata fué engullida, como por arte de magia, por el agujero de desagüe del lavabo.

—¡Qué cosa tan rara!—se dijo el alcalde, inclinándose aún más para ver cómo había desaparecido su corbata de modo tan misterioso—. ¡Es

incomprensible! ¡Ni que estuviera haciendo un film de Frankenstein!... ¿Qué ha podido suceder?

Mientras iba reflexionando, el operario fontanero sacaba aquel trapajo mojado y sacio por el desagüe de la bañera y hacía un expresivo gesto, como diciendo: "Ya está aquí lo que obstruía el paso del agua, ¡bravo!..."

Y, para asegurarse más de que todo quedaba en perfecto estado, se sirvió del aspirador de goma para introducir aire en las tuberías y ver si el paso del agua quedaba completamente libre.

El agua sucia de la bañera, al salir impelida con fuerza, subió hasta el lavabo y salió como una ducha remojando completamente al señor alcalde, que continuaba investigando cómo había podido desaparecer su corbata de aquella manera tan extraña e inverosímil.

Más inverosímil fué aún el salto atrás que, con toda su corpulencia, dió el señor alcalde al notar el remojón, con una pasmosa agilidad. Y su enojo fué tan extraordinario, que sus gritos llegaron hasta el otro departamento, haciendo salir al fontanero que no podía aponer cuál era la causa del escándalo que estaba armando aquel desconocido.

—¡Pero qué pasa aquí!... ¡Qué

clase de lavado es este!... ¡No se puede tolerar! ¡Es insufrible!... ¡Esto no se hace conmigo!... ¡Hay que tener en cuenta que soy el alcalde y que sabré castigar como se merece al que se está burlando de mí! ¡Basta ya!... ¡He dicho que basta!... ¿Cómo puede consentirse tal desatino?

Asomó asustado el rostro el fontanero, con la corbata en la mano, y preguntó con un aire imbécil y apocado:

—¿Es esto suyo?...

—¡Claro que es mío!... ¡Pero estaba nueva y usted me la devuelve hecha un guñapo!

—¡Yo se la devuelvo tal como la he encontrado!

—¡Mentira!

—¡Verdad!

—¡Estaba nueva!

—¡Cuando ha llegado a mí estaba tan asquerosa como yo se la entrego!

—¡Pero usted la ha hecho servir de escobilla para sus tuberías!

—¡Y yo qué culpa tengo de que usted la haya metido en el desagüe del lavabo!

Gritaban los dos a cual más, echándose al rostro las frases, y ya iban a venirse a las manos cuando entró el director, quedándose de una pieza al ver que estaban pe-

leando como dos energúmenos el señor alcalde y el señor Hopkins, precisamente cuando aquél venía a festejar a éste con motivo de su jubilación.

—Pero... ¿Qué pasa?... ¿Qué ha sucedido, señor alcalde? ¿Esto es horrible!

—¡Atiza, el alcalde!—murmuró Hopkins acentuando su expresión de idiotez.

En aquel momento el fotógrafo los enfocó y rogó:

—¡Quietos! ¡Un instante!

Un fogonazo de magnesio y la frase de ritual:

—Ya está... muchas gracias...

Mientras el señor alcalde se secaba las manos y estrechaba después entre sus brazos a aquel "digno" ciudadano con el que se había peleado rabiosamente y al que con gusto hubiera retorcido el pescuezo por la mala pasada que le había hecho destrozándole su corbata nueva y remojándole con una ducha inesperada e indeseada.

* * *

Al día siguiente, en casa del señor Hopkins, una casa magnífica que había instalado su esposa, abo-

ra que ya su marido se había retirado de los negocios y que, dejando de ser fontanero, podía encumbrarse en la escala social, en cuyo escalón más alto la señora Hopkins quería figurar, la servidumbre comentaba en la cocina el homenaje del señor y contemplaba la fotografía que toda la prensa publicaba, con el discurso del señor alcalde al pie de ella.

—El señor Hopkins parece que está asustado en esta fotografía—decía la doncella.

—Pues si aquí parece asustado... ¡verás qué cara pondrá cuando la señora lea los periódicos!—comentó la cocinera, que llevaba ya tiempo en la casa y conocía bien la "armonía" que reinaba en el matrimonio.

—Este va a ser el mayor disgusto que se ha llevado la señora Hopkins desde que ha logrado entrar en sociedad—dijo, a su vez, el mayordomo, que también había leído la prensa y conocía el incidente ocurrido entre el señor alcalde y el señor Hopkins.

La entrada de la dueña de la casa dejó mudos a los criados, que se quedaron de una pieza en sus puestos, sin atreverse a moverse ni a reñistar.

—Bueno... ¿es que os ha pasado

algo y no podéis moveros?—preguntó Clara Hopkins al ver la actitud del servicio.

—No... señora... nada...—balbuceó el mayordomo que, como hombre, tuvo más presencia de ánimo en aquel momento de peligro.

—Harvey...—dijo la señora Hopkins.

—Diga la señora.

—Mi hija espera un invitado.

—Está bien, señora.

—Vendrá el señor Farnsworth...

En cuanto llegue, usted le acompaña al salón de música... y cuando pasen... unos veinte minutos... nos sirve el té... ¿comprende? Con naturalidad... Como si fuera una cosa habitual... ¿Ha comprendido, Harvey?

—Sí, señora—contestó el mayordomo muy rígido.

—Sí, señora.

—Usted, Elizabeth.

—Sí, señora.

—Ocupese de todo lo necesario para el té... Que las pastas estén recién salidas del horno, el té en su punto, las tostadas doraditas... En fin, no olvide que el servicio debe ser impecable.

—Sí, señora.

—¿Lo has comprendido bien todo?—insistió la señora, que tenía mucho interés en quedar bien ante

aquel posible pretendiente de su hija Carol.

—Sí, sí, descuide, he comprendido muy bien.

Marchóse la señora y los criados comenzaron a preparar el té con diligencia.

—Se ve que la señorita ha querido picar muy alto—dijo la doncella, que sabía que los Farnsworth eran de las familias más acomodadas y sobresañentes de la ciudad.

Clara y su hija Carol esperaban al invitado vestidas irreprochablemente, con una elegancia un poco chillona en la madre, que era una nueva rica todavía no bien acomodada a su nuevo ambiente, y perfecta y modernísima en la graciosa criatura que era Carol, educada ya a la alta escuela, habiendo alternado en el colegio con personas distinguidas y de nacimiento ilustre, muy mundana, con gran conocimiento de las prácticas sociales y con un terror invencible hacia su padre, que alardeaba de sencillez, de naturalidad y no le importaba se supiera su procedencia ni se avergonzaba de haber amasado su fortuna haciendo de fontanero con una constancia de abeja a través de veinte laboriosos años de trabajo incesante.

—Creo, hija mía, que si tienes

paciencia llegarás a apoderarte de Jeffrey Farnsworth, porque tú le gustas, sin duda alguna... Este año, en el colegio, tendrás ocasión de tratarlos con más asiduidad. ¡Esas universidades mixtas son un encanto para las muchachas casaderas!... ¡Y tú eres tan bonita, tan elegante, tan distinguida!...

Entró de la calle, Horacio Hopkins, vestido con su traje de trabajo, desaliñado y sucio.

—¡Horacio!—murmuró su esposa en tono de reproche.

—Papá...—suplicó Carol, queriendo hacerse la mimosa pero sin lograr más que dejar traslucir su mal humor—. Si no te importa, vete arriba... porque estoy esperando una visita...

—Sí, Horacio, harás bien en seguir el consejo de tu hija.

—Por favor, papá... márchate...

—Y será mejor que no te murvas de tu habitación hasta que esta visita se haya marchado...—sugirió Clara a su marido.

—¿Pero por qué me tengo que encerrar como si fuera un ogro?—preguntó el buen señor Hopkins.

—Porque no tienes idea del ridículo, querido... ¿No ves cómo vas? ¡Parece que te empeñas en que todo el mundo sepa que en tus prin-

cipios no eras más que un fontanero!

—¿Y qué importa? Al fin y al cabo, tu padre era un barbero...

—¡Horacio!

—Y un barbero de los malos...—replicó Horacio, mientras subía resignadamente la escalera, para ir a encerrarse en su habitación.

Era hora ya, pues en aquel momento llegó Jeffrey Farnsworth. Carol salió a su encuentro tendiéndole la mano con camaradería no exenta de esa coqueta intuición de la mujer, que pone, aun en sus arranques más amicales, toda su femenina personalidad siempre pronta a apoderarse de la voluntad, y de la razón, si puede, del hombre.

—¡Hola, Jeff!

—¡Hola, Carol! Ya ves como cumplí mi promesa.

—Quiero presentarte a mamá, Jeff—se apresuró a decir Carol, que tenía empeño en que Jeff se diera cuenta de que tenía una madre muy distinguida... o al menos que quería serlo.

—¿Cómo está usted, señora Hopkins?—dijo el muchacho, inclinándose a besar la mano de aquella gran dama que durante muchos años se había lavado ella misma los suelos y los platos, y que ahora pa-

recía iba a quebrarse de tanta sinura.

—¡Oh, encantada de conocerle, mi querido señor Farnsworth! Carol me ha hablado muchísimo de usted, y, siendo usted buen amigo de mi hija, puede también contar con mi buena amistad...

Se había aprendido aquellas frases en un "Manual de educación social" y las había repetido muchas veces ante el espejo para adquirir naturalidad al pronunciarlas.

Jeff se dejó deslumbrar por aquellos comienzos y creyó, de buena fe, que estaba entre gente de su misma clase y cuna.

—Pase al salón y nos acompañará a tomar el té—dijo Clara Hopkins, siguiendo la ciencia aprendida en el "Manual".

—¡Oh, gracias!—replicó Jeff—. Pero creo que no tendré tiempo... Debo ensayar con los muchachos de la orquesta antes de marchar a la universidad... Carol y yo comemos en el club. ¿Verdad, Carol?

—Si mamá me deja...—dijo la niña, haciéndose la ingenua, cuando tenía ya una vasta práctica en el trato con muchachos de su edad.

—Tratándose de Jeff... ¿cómo no te voy a dejar, hija mía!... Tendré mucho gusto de que venga usted alguna vez con su mamá—añadió,

dirigiéndose a Jeff—. ¡Tengo muchos deseos de conocerla!

—También ella desea conocerlas a ustedes... No ha venido hoy porque tenía que asistir a un concierto.

—¡Magnífico!... ¡Yo adoro la música!... Ya sabe usted que Carol es una verdadera cantante.

—¡Oh, mamá!...

Al hacer una de sus mundanas piruetas, la señora Hopkins tropezó con algo que la hizo tambalearse.

—¡Oh, cuidado!—exclamó Jeff, sosteniéndola finamente por un brazo.

—¡Ah!... Es que... ha estado aquí el fontanero... y ha olvidado ese chisme...—murmuró la señora Hopkins al darse cuenta de que había tropezado con el aparato de caucho para desobstruir tuberías que su marido llevaba siempre de un lado a otro.

Apenas había terminado de decir aquella frase, cuando apareció Horacio en lo alto de la escalera, con su traje desaliñado, su aire bonachón, un poco tonto, su aspecto de obrero sin trabajo, que desesperaba a su esposa y a su hija.

—Querida—dijo, mientras bajaba y se acercaba a ellas—. Se me ha olvidado ese chisme... Voy a recogerlo para llevarlo arriba.

Clara y Carol se quedaron mudas de asombro y de coraje, mientras Jeff miraba sonriendo a aquel hombre de aspecto tan gracioso y que, siendo fontanero, llamaba querida a la señora de casa, como si fuera de la familia.

—¡Hola! — exclamó Horacio, acercándose a Jeff—. Supongo que éste es el amigo de mi hija, ¿verdad?... Yo soy el padre de Carol—añadió, presentándose a sí mismo al ver que nadie le presentaba.

—Sí, Jeff, éste es papá...—murmuró Carol para suavizar la tirantez de la situación creada por la aparición de su padre en el momento en que era menos deseada.

—¿Cómo está usted, señor Hopkins? — dijo Jeff, estrechando la la mano del buen hombre.

—Bien, ¿y usted?—replicó Hopkins, dispuesto a entablar un ratito de charla con aquel chico que no le parecía antipático.

Clara, que no quería dejar hablar a su marido por temor a los disparates que pudiera decir, él que no estudiaba el "Manual" y que desconocía por completo las fórmulas sociales, intervino:

—No os entretengáis, hijos míos, que vais a llegar tarde... Y usted ha de ensayar con su orquesta,

Jeff... Vayan, vayan... Otro día hablaremos con calma.

—Señora Hopkins, a sus pies.

—¡Adiós, Jeff, ya sabe dónde tiene usted su casa!

—Buenas tardes, señor Hopkins

—saludó Jeff, dando la mano al fontanero retirado.

—¡Adiós, pollo, mucho gusto!...

Y viendo Horacio el periódico que, al abrir la puerta, había entrado por ella como arrojado por un huracán, lo cogió al vuelo y exclamó, triunfalmente:

—¡Ya está aquí el diario! ¡Ahora veréis!... ¡Éh, Clara, Carol... Jeff!... ¡Miren, miren!... ¡Aquí estoy, en primera plana! ¡Ah, qué orgullo! ¡Y todo por haber sabido bien mi oficio!

Exhibía el periódico triunfalmente y Jeff lo miró con curiosidad y, volviendo los ojos a Carol, exclamó, muy divertido:

—¡Toma, pues es verdad!

—Sí... pero vamos... Vamos... que es tarde...

Casi a la fuerza lo arrancó de allí. ¡Qué espanto! ¡Que Jeff supiera que su padre no era más que un simple fontanero, cuando ella había hecho creer a todos sus amigos que era descendiente directo de la más alta nobleza del estado!

* * *

Pocos días más tarde, Horacio Hopkins estaba arrellanado en una butaca del gabinete, muy aburrido, porque desde que había abandonado su oficio no sabía materialmente en qué matar el tiempo, cuando entró su hija a despedirse de él, entregándole al propio tiempo una carta que acababa de traer el correo:

—¡Adiós, papá!... Mira, esta carta es para ti.

—¿Una carta para mí?

—¡Ah, sí, es de mi sobrina! ¡De la hija de mi hermano! ¡De Sis Hopkins!—exclamó alegremente el buen hombre—. ¿Quieres oírla?—preguntó, abriendo el sobre y disponiéndose a leerla.

—No, papá, ahora no puedo, discúlpame... ¿Te acordaste de mandar al colegio el dinero para construir el gimnasio?

—Sí... ¡Pero yo creí que era para la piscina!

—Es verdad... era para la piscina... pero además nos van a construir un gimnasio.

—Con mi dinero, naturalmente.

—¡Naturalmente!

Salió Carol, subió a su pequeño auto y partió velozmente, luciendo toda la gracia de su encantadora

belleza juvenil y de su elegante silueta de mujercita ultramoderna.

Hopkins salió y se dirigió a su mujer que también iba vestida para salir a la calle.

—Clara, he recibido una carta de mi sobrina, la hija de mi hermano..

—No me entretengas ahora, Horacio, tengo prisa...—replicó Clara, dirigiéndose a su auto, que la estaba esperando a la puerta de la casa.

—Es que yo quería leértela...

—No puedo esperarme... Escucha, Horacio... ¿por qué no te ocupas en algo en que puedas matar el tiempo? Siempre pareces una mosca desvelada, dando vueltas por la casa, sin saber dónde posarte.

—¿Que me ocupe en algo?... Pues... ¡no está mal pensado!... ¡Voy a ocuparme de algo en seguida! ¡No faltaba más!...

Horacio, a su vez, subió al auto que le pertenecía por derecho propio y que, como era muy natural, aunque todo lo pagaba él, era el más viejo, el más feo y el más destartado de todos los autos que había en la casa, y partió velozmente con rumbo desconocido...

Había recorrido algunos kilómetros de carretera, cuando comenzó a encontrar los anuncios de la granja de su sobrina, de la hija de su hermano, de Sis Hopkins, de la cual

acababa de recibir carta, explicándole que se había incendiado la granja y que se encontraba en la más profunda miseria.

Los cartelones puestos a lo largo del camino eran originales y llamativos, lo que demostraba bien a las claras que el cerebro de Sis Hopkins no era en absoluto cerrado a toda originalidad.

Sis se había criado siempre en el campo, en aquella granja distante algunos kilómetros de la ciudad, a la que la chica no había ido nunca, pues había demasiado trabajo en casa para distraerse yendo a buscar diversiones mundanas. Naturalmente, aquel poco trato de gentes, aquel vivir constante entre animales y en trato directo con la naturaleza, habían hecho de ella algo un tanto salvaje, desprovisto de toda educación y que desconocía incluso las más insignificantes reglas sociales.

Cuando Horacio Hopkins llegó a la granja de su sobrina, estaba ésta tratando de apagar el fuego que aun ardía en determinados lugares de los corrales y la empalizada. Iba vestida de un modo estrafalario y ridículo y peinaba su pelo en dos trenzas apretadas y retorcidas que le caían a ambos lados de la cara, haciendo salvaje su expresión.

Horacio bajó del auto y se acercó a ella, preguntándole, desde lejos:

—¿Qué dicha, apagamos el fuego!... ¿eh?

—¡No!...—le chilló ella con un grito bronco—. ¡Regamos las violetas!...—explicó, mofándose de la pregunta de aquel hombre al que no había mirado la cara, porque estaba demasiado preocupada tratando de acabar con los últimos vestigios del incendio que le había destruido totalmente su granja.

Horacio sonrió, entró en el corral y le dijo, dándole un leve golpe en la espalda:

—¿Ea así como recibes a tu tío Horacio?

—¿Tío Horacio? ¡Oh, pero si no te había conocido!—gritó Sis, arrojándose a los brazos de su tío en un raptó de alegría y entusiasmo.

—¿Hola, chica!... ¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasado? Debía de ser muy bonito todo esto antes de la visita del fuego... ¿verdad?

—Sí que era bonito, pero ya ves cómo ha quedado...

—¿Pero cómo se ha incendiado?

—¿Has probado de encender el fuego alguna vez con gasolina?

—No.

—Pues no lo pruebes nunca, tío... Ya ves lo que resulta... Si me des-

cuido un poco, se me achicharran hasta las trenzas.

—¡Qué lástima! — suspiró Horacio, como si sintiera una gran pena.

—¿Lástima? ¿Te da lástima no verme con mis trenzas carbonizadas?

—No, no, no quise decir esto... Lástima que por esta vez me haya perdido los fuegos artificiales... porque a mí me gustan mucho...

—Bien... De todos modos me alegro que hayas venido, tío Horacio... aunque no hayas podido ver los fuegos artificiales, como tú le llamas al incendio... ¿Por qué no has traído a tu familia?

—Pues... porque... verás... He preferido venir primero yo solo para ver cómo era esto—dijo Horacio, no sabiendo qué decir, porque la verdad era que su familia, su esposa y su hija, se interesaban menos que nada por aquella chica que al fin y al cabo era la hija de su hermano.

—Pues ya ves cómo es esto... Mejor dicho, ya ves cómo ha quedado... Pero todavía me resta una barraca en aquel lado, donde podré vivir y volver a comprar más gallinas, y patos, y conejos... Viviré en ella mientras no pueda construir de nuevo algo mejor.

—No — interrumpió tío Horacio con aplomo—. A mí se me ha ocu-

rrido una idea mejor. ¿Por qué no te vienes a mi casa, a vivir conmigo?

—¡Oh, tío Horacio!... ¡Sería estupendo! — exclamó Sis dando un salto ágil y poniendo una cara tan fea que hubiera asustado al propio miedo, si en aquel momento hubiera acertado a pasar por allí—. Pero ¿y su familia? Quiero decir si a su familia le gustará que yo me vaya a vivir allí con ustedes...

—¡Claro que sí! ¡Pues menuda alegría van a tener cuando lo sepan! — afirmó Horacio convencido de su afirmación.

—¿Tú crees?...

—Ya lo verás... En cuanto lleguemos a casa, tu tía Clara te abrazará como a su propia hija.

—Bien... si crees que será así... por mi parte acepto gustosa... ¡Esto está tan destrozado!

—Pues convenido. Tú te vienes conmigo. Y no te preocupes. No conoces a mi familia. Ya verás, ya; no hay otra igual a ella, ni mejor en todo el mundo.

Horacio lo creía de buena fe. Y, como lo creía, se llevó en el coche a su sobrina Sis Hopkins seguro de que daría una agradable sorpresa a Clara y a Carol.

Precisamente aquel día Clara Hopkins había organizado una ve-

lada musical en honor de la señora Farnsworth, con el fin de atraerse su simpatía y lograr así que no se opusiera a los amores de su hijo con Carol.

Había arreglado con esmero el salón de música y había reunido en él a lo más selecto de la sociedad que, conocedora de la asistencia de la señora Farnsworth, no tuvo inconveniente en aceptar la invitación de aquella sobrevénida a la que se le hacía el varío en los salones aristocráticos, pero que se iba imponiendo en ellos con la fuerza poderosa que da el dinero.

Horacio Hopkins y su sobrina entraron en la casa cuando la velada musical estaba en su apogeo.

Sis contempló el amplio hall, elegante, pulcro, de un lujo estupendo, y dejando en el suelo las maletas exclamó, poniendo los brazos en jarra:

—¡Canastos!... ¡Jamás hubiera sido capaz de imaginarme una casa así!... ¡Esto no es como mi granja!

—No, Sis... Mira, ahí está el mayordomo — dijo Hopkins, y dirigiéndose al rígido servidor, añadió:

—Harvey, ésta es mi sobrina Sis Hopkins a la que quiero atienda bien.

—Mucho gusto, señorita.

—¿Qué hay, Harvey? — replicó

Sis, dándole la mano con una familiaridad que disgustó al aristocrático criado.

—Harvey... lleva las maletas de la señorita a la habitación de los huéspedes—ordenó Horacio.

—Bien, señor...

—¿Qué te parece esto, Sis?—inquirió Horacio viendo la admiración de su sobrina.

—¡Oh, tío, magnífico! ¡Esto parece hielo!—exclamó la muchacha, patinando sobre el parquet como si realmente estuviera sobre una pista helada—. ¡Uuuuuuuu!...! ¡Hu... hu... hu!... — gritó, deslizándose en curvas graciosas por todo el hall, con indignación del mayordomo, que cogió muy tieso y muy importante las maletas y se dispuso a llevarlas al piso superior, donde estaban las habitaciones.

—¡Cuidado, señor Harvey! — le gritó Sis, temiendo que aquel hombre corpulento resbalara y se cayera.

—No se preocupe usted... Sé andar por estos sitios—replicó Harvey.

Pero en aquel momento dió un resbalón, y él y maletas vinieron al suelo con gran estrépito.

—¿Lo ve? ¡Ya se lo dije!... ¿Se ha roto algo?—preguntó Sis, acudiendo a él solícita.

—Espero que no. Gracias—replicó secamente Harvey, subiendo la escalera con las maletas en la mano y la rabia en el corazón, porque se había sentido humillado ante aquella campesina que tenía la culpa de su caída.

Sis se volvió a su tío y le preguntó, extrañada de no ver a nadie en aquella casa que parecía encantada:

—¿Dónde está tía Clara?

—No sé. Voy a buscarla. ¡Que agradable sorpresa se va a llevar!

Mientras Sis curioseaba por toda la casa, Horacio entró en el salón de música en el momento en que un tenor estaba dando un recital de canciones románticas, y llamó en voz alta, sin hacer caso del religioso silencio que allí reinaba:

—¡Clara, un momento!

—Ssssa... —murmuró Clara, levantándose rápidamente y dirigiéndose hacia su marido presurosa, para evitar que cometiera más impertinencias.

—Clara, acabo de traerme a... —dijo Horacio en el mismo tono alto de voz.

Pero su esposa no le dejó terminar. Le cogió del brazo y le sacó del salón. Cuando estuvieron fuera le dijo, dejando desbordar su ira:

—¿Por qué te empeñas en aver-

gonzarme delante de mis amistades? ¿Por qué no sabes refinarte? ¿Por qué te presentas en público como un gañán? ¡Oh, eres mi vergüenza y mi desesperación!

—Perdona, Clara, no sabía que tenías invitados... Pero ¿dónde se habrá metido esa?—indagó, mirando a todas partes en busca de Sis que había desaparecido del hall.

—¿Quién es esa?... ¿De quién estás hablando?—preguntó Clara, temiendo algo grave.

—De mi soltrina Sis, Clara, que se viene a vivir con nosotros.

—¿Qué dices? ¿Que has traído aquí a esa palurda? ¡Oh, esto es intolerable!

—Calma, Clara, calma, no te exaltes... La he traído aquí porque no tiene donde vivir... Se le ha quemado su casa y no tiene más que a mí en el mundo.

—Está bien... Pero, por Dios... ¡que no se enteren mis invitados! ¿Dónde está ahora?

—No sé... Se quedó aquí esperando.

Sis había mirado detenidamente todo lo que había en el hall, había dado unas vueltas por un pasillo y, escuchando una música que le era conocida, había abierto la puerta del salón de música en el momento en que el tenor entonaba una can-

ción popular de las montañas, una canción semisalvaje que entonaban los labradores del interior en sus tareas del campo.

¡Qué bien conocía Sis aquella canción!... Desde la puerta se puso a corear al tenor. El público volvióse hacia ella y creyó que era un número cómico preparado por la señora Hopkins, para divertir a sus invitados. Sis bailaba y cantaba con la mayor naturalidad, como solía hacer en pleno campo después de haber labrado la tierra. Su porte cómico, su grotesca figura, el peinado de sus dos trencitas retorcidas enmarcándole aquel rostro feo hasta lo inverosímil, todo contribuía a dar más comicidad al número. Relan todos entusiasmados con aquella inesperada sorpresa, divertidísimos con la chiquilla, que sabía cantar como las mismas montañesas, con idéntico aire, con igual socarronería, con los mismos gestos ordinariotes y bruscos.

Así la encontró Clara, que volvía al lado de sus invitados, para evitar que conocieran a su sobrina. Al verla en medio de ellos, se quedó lívida, y quiso excusarse:

—¡Oh... perdonen!...

Pero no la dejaron terminar. Todos aplaudían frenéticamente el

número y la señora de Farnsworth la felicitó calurosamente:

—¡Oh, mi querida amiga, esto ha sido una idea genial!... La felicito por su maravillosa sorpresa. ¡Traer a una muchacha nativa, con el traje típico, para cantar estas canciones populares de tanto sabor! ¡Qué delicia! ¡Ha sido verdaderamente encantador!

—¡Ah! Celebro que... que les haya gustado...—balbuceó Clara, aun no respuesta del sobresalto experimentado.

Pero aquel diablo de Sis tenía que estropearlo todo, porque arrojándose al cuello de la señora Hopkins exclamó en uno de sus arrebatos cariñosos:

—¿Qué tal andas, tía Clara?

Clara lanzó un alarido y cayó desmayada en brazos de sus amigas que corrieron a auxiliarla, mientras Sis decía muy satisfecha:

—Se ha alegrado tanto de verme que hasta ha perdido el conocimiento. ¿Qué les parece?...

* * *

Amanecía ya cuando Carol regresaba a su casa en el coche de Jeff, después de haber cenado con

él en el Casino y de haberse divertido bailando hasta altas horas de la noche.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de los Hopkins, Jeff quiso todavía retener a Carol.

—Charlemos un rato antes de despedirnos.

—¡Oh no, si es tardísimo!... Voy a entrar por la puerta de servicio para no despertar a mi familia—replicó Carol.

—Te aseguro que es temprano—insistió Jeff.

—Según como lo interpretes. Es temprano... porque son ya las cinco y media de la mañana... Mamá pondría el grito en el cielo si supiera que he llegado a esta hora.

—Era nuestra última ocasión de divertirnos en estas vacaciones... La próxima semana estaremos ya en la universidad estudiando de lo lindo. ¿Vendrás en el tren con todos nosotros?

—No... imposible. Tengo que conducir mi coche...

—Pues no sabes lo que te vas a perder. Llevaremos nuestros instrumentos y pasaremos el viaje tocando y cantando.

—De buena gana me iría con vosotros—dijo Carol, seducida por la idea—, pero necesitare mi auto en

el colegio, y si yo no lo conduzco hasta allí, me quedo sin coche.

—Bien... así, hasta que nos encontremos en la universidad.

—Hasta pronto, Jeff.

—¡Adiós!...

Carol se dirigió rápidamente a la puerta de servicio, pero no acertó a encontrar la llave que siempre llevaba consigo y, viendo entreabierta la ventana, se recogió el vestido de noche y saltó ágil por ella entrando en la cocina, donde Sis actuaba anchamente de cocinera en aquella hora primera de la mañana, que para ella era la hora habitual de levantarse, acostumbrada, como estaba, a los trabajos del campo y de la granja que requerían madrugar mucho para atender a todo.

Al oír el ruido que su prima produjo al brincar desde la ventana al interior de la cocina, volvió el rostro rápidamente y con una cómica expresión de susto le preguntó, enfocándole el caño del agua para que actuara como arma defensiva contra aquella intrusa, que bien podría ser una ladrona.

—¿Quién es usted?

—¡Oh, no me mojes! ¡Salvaje!

—gritó Carol, protestando contra aquel inesperado recibimiento.

—He dicho que quién es usted...

¿Qué hace ahí, entrando por la ventana como un malhechor?

—¿Y usted quién es?

—¡Lárguese! ¡No le importa nada saber quién soy yo!

—¿Cómo se atreve a hacer eso conmigo?

—Lo seguiré haciendo hasta que sepa qué es lo que viene a hacer aquí.

—¿Y usted? ¿Qué hace usted en esta casa?—gritó Carol, exasperada por el trato que le daba aquella muchacha zafia, fea, extraña, que estaba en la cocina como si estuviera en terreno conquistado.

—¿Que qué hago en esta casa?—preguntó Sía rascándose la cabeza.

—Sí, eso es lo que pregunto... ¿Qué hace usted aquí?

—Pues... vivo en esta casa...

—¿Que vive en esta casa?

—Sí... ¿Le extraña mucho?

—¡Muchísimo! Esta casa es la mía...

—¡Ah!... ¡Y yo que creí que eras una ladrona!... Aaa, tú eres la prima Carol, ¿no es cierto?

—¿La prima Carol?

—Sí, la hija de mi tío Horacio...

—¡Oh! ¡Y tú eres Sía!—exclamó Carol presa del más profundo desaliento, porque siempre había tratado de olvidar que tenía unos pa-

rientes tan próximos y tan poco aristócratas.

—Sí, prima, perdóname... Lamento mucho, Carol, haberte mojado el vestido. ¡No creí que pudieras ser tú, entrando de este modo en tu propia casa!

—Lo hice para no despertar a mamá.

—Espera que te ayude a secarte el vestido—dijo Sía, muy solícita.

—¡Déjame!... ¡Apártate!... ¡No me toques!... ¡Déjame en paz!—gritó Carol, enfurecida por la presencia de su prima.

—Carol, no te enfades. Mira, el desayuno está preparado ya... Creo que una taza de café caliente no te sentará mal.

—¡Déjame!... ¡Estoy que echo chispas!... ¡Déjame!

—¿Entonces no vas a tomar nada?

—¡No!—gritó Carol, saliendo de la cocina con un gesto airado y desdenoso.

Sía se encogió de hombros y repitió, como para convencerse a sí misma:

—Bueno... No va a tomar nada... Si ella no tiene apetito quizá lo tengan los demás de la casa... ¡Avísaremos!

Cogió una bandeja de plata y la mano del mortero, salió al pasillo

y empezó a golpear la bandeja con tal frenesí que parecía estaba tocando a rebato, como si se hubiera prendido fuego en la casa o hubiera ocurrido la más espantosa desgracia.

Como viera que el ruido no producía ningún efecto en los durmientes habitantes de aquel dulce hogar, comenzó a chillar con todas sus fuerzas:

—¡Eh!... ¡El desayuno!... ¡Que bajen a desayunar!... ¡Vamos, que el desayuno está ya preparado!...

En las habitaciones superiores la familia se había puesto en conmoción ante aquel estrépito y aquella haraúnda.

—Horacio, ¿qué pasa?—preguntó Clara a su marido, mientras se vestía rápidamente una bata para salir a ver qué era lo que ocurría.

—¿Qué pasa, señora?—preguntó el mayordomo asomando su cabeza respetable por entre los batientes de la puerta.

—No lo sé... Averigüelo.

—¿Pero qué es lo que sucede, Clara?—inquirió Horacio, saliendo también al pasillo, muy alarmado.

—Eso deberías saberlo tú, que te has traído a casa a ese potro salvaje, que es quien está berreando como un becerro.

—¿Tú crees que es Sis?

—¿No la estás oyendo?—replicó Clara con una mirada fulminante dirigida a su esposo, mientras se precipitaba por las escaleras para ir a imponer silencio a aquella importuna.

—¿Qué ocurre? ¿Hay fuego en la casa? ¿A qué viene ese escándalo?

—No es ningún escándalo... Les avisaba de que el desayuno está ya servido—dijo Sis con su aire simpático, sonriendo muy amable a su tía, como si no se diera cuenta del odio que ésta le tenía.

—¡Y para eso semejante algara-bía!—suspiró Clara, llevándose las manos a la cabeza.

—Buenos días, tía... Buenos días, tío Horacio... Buenos días todos... Vamos, siéntense, que ya está el desayuno—dijo Sis, mostrando la mesa preparada.

—¿Pero qué significa todo esto?—preguntó Clara, abriendo desmesuradamente los ojos como si temiera estar soñando.

—Pues... como no encontré la campana, tuve que llamar con la bandeja...—dijo Sis mostrando la bandeja de plata llena de abolladuras producidas por los golpes que en ella había dado.

—Permítame manifestar a los señores—comenzó diciendo el digni-

simo Harvey, el mayordomo que imponía su tono a todos los de la casa, —que en veinte años que llevo de servicios, nunca me había ocurrido una cosa semejante...

—¡Calla, estúpido!—le interrumpió Horacio que quería a su sobrina y encontraba muy gracioso todo cuanto hacía—. Te agradecemos mucho, pequeña, tu buena intención al preparar esto; sólo que nosotros no nos levantamos tan temprano—añadió, acariciando las mejillas de Sis que le miró con ternura.

—Y además el servicio sabe bien su obligación para que usted se inmiscuya...

—¡Te he dicho que te calles, estúpido!—rugió Horacio, haciendo callar al mayordomo que era quien había hablado.

—Sí, señor—contestó con fingida humildad el servidor.

—¡Calla!.. Pues estas salchichas no tienen mal aspecto...—murmuró Horacio, cogiendo una salchicha entre sus dedos y probándola con verdadera delectación.

—¡Sí, son riquísimas, tío Horacio! Las he hecho yo igual que las hacía en la granja, muy cargaditas con pimienta y ajo.

Clara se irguió muy altiva y muy digna y, dirigiéndose al mayordomo, le dijo autoritaria:

—Tomaremos jugo de naranja y café en nuestra habitación, Harvey.

—Sí, señora.

Horacio dejó la salchicha cariacontecido ante la imperiosa mirada de su amantísima esposa, y la siguió como un perro fiel que sigue a su amo después que éste le ha dado una solemne paliza.

Cuando el matrimonio se hubo alejado de la cocina, Sis se sentó a la mesa y dijo:

—Si ellos no tienen hambre yo sí la tengo... ¡Yo empiezo a comer! ¿Y vosotros?—preguntó a los criados que la miraban con mudo desprecio.

—Los sirvientes no deben nunca comer con los señores—contestó Harvey.

—¿Por qué? ¿Es que no les gustan las salchichas hechas por mí?

—dijo Sis, comiendo a dos carrillos, devorando cuanto tenía a su alcance, porque era de muy buen apetito y, además, a aquella hora, era cuando comía más a gusto en la granja, porque después ya tenía que trabajar muy duro y hasta el mediodía había muchas horas por delante. Y la chica creía de buena fe que en la ciudad la vida era igual que en el campo...

* * *

Cuando Clara se encontró a solas con su esposo lo increpó duramente.

—¿Es que te has propuesto que sea humillada ante mis amigos y ante mis criados por esa... caricatura?—le dijo hecha una furia del averno—. ¡Tiene que marcharse de esta casa, Horacio, y tiene que marcharse en seguida!... ¡No quiero que esté ni un minuto más aquí!... ¡Es tu sobrina y tú debes echarla!

—Ya hablaremos mañana de estas cosas... Ahora estoy cansado — replicó Horacio volviendo a arroparse voluptuosamente en el lecho, buscando la postura que le fuera más cómoda para reanudar su interrumpido sueño.

—¡No!... ¡Hablares ahora mismo! ¡Esto ha de solucionarse al instante!

—¿Pero qué quieres que haga? ¿Echarla a la calle a estas horas? ¿A dónde iría, di?—murmuró Horacio, medio adormilado.

—No me importa en absoluto saber a dónde iría. Tú la has traído, pues tú debes echarla.

—Bueno... ya daré con la solución... deja que lo piense, mujer...

—¡Ja, ja, ja!—rió Clara con risa sarcástica—. ¡Pensar tú! ¡Eso sí que tiene gracia! ¡Si hubieras sabido pensar a tiempo, no la hubie-

ras traído! ¡Si esto es lo que te ocurre siempre, Horacio! ¡Que tienes la costumbre de hacer las cosas sin pensarlas, y así salen ellas!

Clara, que se paseaba por la habitación como fiera enjaulada, al apagar la luz su marido, que quería dormir a toda costa, se dio con la frente contra el borde de la puerta y lanzó un "¡Oh!" de dolor.

—¿Qué te ha pasado, querida?—murmuró Horacio, y sus últimas palabras fueron ya envueltas en el primero de sus rosquidos.

Al día siguiente, Carol se preparó para marchar al colegio y, después de haber hecho instalar el equipaje en el coche que le pertenecía, se despidió friamente de su padre.

—¿Lo llevas todo, hija?—le preguntó Horacio, besándola en la frente.

—Sí, papá.

—¡Eh, Carol, que te dejas esta cartera!—gritó Sis, saliendo a la puerta para entregársela.

Carol tomó la cartera sin mirar a Sis y subió al auto.

—¡No corras, hija mía! — recomendó Horacio—. Ten en cuenta que el colegio puede esperar... ¡Adiós!...

—¡Adiós, papá!

Partió el coche velozmente en un giro maestro de experta conductora y se perdió en la lejanía envuelto en una nube de polvo.

Horacio entró en la casa y se sentó, preocupado, en un sillón. Su sobrina se acercó a él y le dijo con aquel cariño con que hablaba siempre a su tío, pues era en el único que encontraba amparo y ternura:

—Has dicho, tío, que querías hablarme...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tía Clara... Ahora vengo de su cuarto.

—No habrás hablado con ella, ¿verdad?—preguntó, un tanto alarmado, Horacio.

—No. La chica de la cofia... vamos, quiero decir... la doncella, ¿no es así como llamáis a esa que lleva eso blanco en la cabeza? Bueno, pues esa me ha dicho que tía Clara estaba un poco enferma.

—¡Me alegro!

—¿De que tía Clara esté enferma?

—No, mujer, de que no hayas hablado con ella. Al fin y al cabo, es mejor que te lo diga yo...

—Creo, tío Horacio, que no es preciso que me digas nada.—murmuró Sis con un acento un poco triste y melancólico que Horacio no hubiera sospechado nunca en ella.

—¿Por qué dices esto, criatura?

—Porque he estado pensando... y... verás, algunas veces no es necesario explicarme las cosas para que yo las entienda... ¡Yo sé que a tía Clara le estorbo!

—¡No, mujer! ¡En esto estás equivocada!—exclamó Horacio queriendo disimular, porque le daba una pena enorme la tristeza con que Sis le hablaba.

—Deja, tío Horacio, no quieras mitigar las cosas... yo sé que es así. Y no es culpa de tía Clara, lo sé también... La culpa es mía... Yo no estoy bien educada... y, puesta en un palacio como éste... desentono, es natural... ¡No os figuréis que yo haya decidido que por ser vosotros mis tíos tenía que acogerme aquí para siempre!

—¡Tú estás aquí porque yo te quiero!—afirmó Horacio; y decía la verdad.

—Gracias, tío... No podré nunca pagarte lo que haces conmigo... Y esta es la razón por la que no quiero que, por mi culpa, haya peleas entre tía Clara y tú.

Horacio se quedó un rato reflexionando y luego le preguntó:

—Oye, Sis, ¿no has pensado alguna vez en ir al colegio?

—¿Al colegio? ¡Claro que sí que lo he pensado! ¡En más de una ocasión! Pero, tío, ¡es que yo no puedo ir al colegio!

—¿Por qué no?

—Tío Horacio... ¿tú crees que sí? ¿Que no me negarán la admisión? —preguntó Sis emocionada ante la posibilidad de que fuera real aquello que siempre le había parecido un sueño irrealizable.

—¿Negarte la admisión? —gritó Horacio, muy seguro de sí mismo—. Como que si te la niegan haré que me devuelvan el gimnasio, la piscina, la mitad del edificio... ¡en fin, todo cuanto yo he pagado! ¡Ahora verás!...

Tomó el teléfono, marcó un número y pidió:

—Conferencia con el Colegio Johnson... ¡Sí, con el decano!

Fue fácil ponerse de acuerdo con el decano por dos poderosas razones: la primera porque el dinero es el gran allanador de dificultades; la segunda, porque el decano del Colegio Johnson no conocía qué clase de bicho raro era Sis Hopkins, la sobrina del mecenas de la universidad.

Rápidamente preparó Sis todas sus cosas y, después de una despedida muy poco cordial con su tía Clara, se dispuso a subir al taxi que debía conducirla a la estación.

—Yo voy contigo—dijo tío Horacio.

Al llegar a la estación un maletero se hizo cargo del equipaje de Sis y lo colocó en la vagoneta eléctrica que hacía el reparto del mismo a los diferentes vagones del tren.

—¿Coloco también ésta, señorita?—preguntó el maletero, señalando el saco que Sis llevaba en la mano.

—¡Oh, no, ésta no la suelto por nada del mundo!

—Está bien, señorita.

Sis volvióse a su tío, y queriendo abrazarle para agradecerle todo cuanto había hecho por ella, dejó su saco de viaje en el estribo de la camioneta destinada al conductor de la misma y, abrazando de un modo efusivo a Horacio, le dijo con vehemencia:

—¡Tío, estoy tan emocionada que no sé lo que me hago! ¡Me parecía un sueño imposible el que yo fuera al colegio y, gracias a ti, lo voy a realizar!

—Lo único que has de hacer para agradecerme es ser aplicada y

portarte bien... ¡Aprovecha el tiempo, hija mía!

—Aaí lo haré, tío Horacio.

—Ya lo sé. Oye, necesitarás algún dinero para tus gastos particulares. Toma, aquí tienes unos centenares de dólares. Cuando necesites más me lo pides.

—¡Oh, gracias, gracias!... ¡Eres muy generoso! ¿Sabes lo primero que voy a comprarme?

—¿Qué?

—Un par de medias de esas de moda... de esas que dicen que son de cristal... para llevar las piernas metidas en una urna...

—No es mala idea...

Mientras tío y sobrina hablaban, a pocos pasos de ellos, el profesor Colonna, un hombre alto, fuerte, fornido, de cara gruesa y ancha, poblada de unos bigotes descomunales, negros como la endrína, estaba parado en el andén esperando la salida del convoy, cuando Sis se acercó a la vagoneta del equipaje para recoger su maleta y, viendo que alguien la había encaramado en la más alta del promontorio que formaban los equipajes allí hacinados, se subió al estribo, se apoyó en la palanca de marcha, para alcanzar la maleta, e impulsada por aquella mano inexperta, la camioneta comenzó a correr en todas direcciones con el consi-

guiente susto y sobresalto de los que estaban despidiéndose. Sis gritaba desde lo alto de ella, no sabiendo qué hacer, y en los rápidos giros que daba, pues al no saber conducir viraba velozmente sobre su propio eje, las maletas cayeron al suelo esparciéndose por todo el andén y en todas direcciones, mientras la gente chillaba y huía alarmada por aquel inesperado accidente.

Cuando al fin la camioneta se detuvo, porque la mano de Sis acertó a dar con el resorte del freno, el profesor Colonna, que había mirado impertérrito el espectáculo, murmuró sonriente:

—¡Qué tonto soy! ¡Crei que estaba estropeada!

Y se quedó tan satisfecho como si acabara de decir la más sabia sentencia de Salomón.

Jeff, que llegaba en aquel momento a la estación, se acercó a él y le saludó con finura de alumno:

—¿Cómo está, profesor Colonna? ¡Cuánto me alegro de verle! ¡No le había visto desde el último curso! ¡Ha cambiado usted mucho!

—Mucho, ¿verdad? Especialmente desde que era un niño...—replicó Colonna, a quien fastidiaban en grado sumo los servilismos y amabilidades de sus discípulos—. Mi-

re, mire cuánto he cambiado... Guardo la primera fotografía que me hicieron... Ahí tiene... ¿Qué le parece? Este soy yo cuando tenía seis meses — dijo, mostrándole la fotografía de un chiquitín de seis meses, desnudito, sentado sobre un almohadón... pero con la misma cara que tenía en la actualidad el profesor Colonna, con sus ojos saltones y sus bigotazos enormes encaramándosele por las mejillas.

—¿Pero... profesor! ¿Si lleva bigote!...—exclamó Jeff, desconcertado—. ¿Cómo podía usted tener bigote a los seis meses?

—Sí... es que no quise afeitarme.

—¿Ah, profesor!... ¡Estoy contento porque vuelvo al colegio! ¡El curso pasado fué delicioso!

—¿Ah, sí, los días del colegio!...—suspiró el profesor poniendo en blanco sus ojos móviles y vivos como centellas—. ¡Nunca olvidaré cuando yo estudiaba en Vassar!

—¿En Vassar? ¿Pero, profesor, si Vassar es colegio de señoritas!—exclamó Jeff.

—¿Ah! ¿al? ¡Por eso me echaban siempre del dormitorio! —replicó Colonna volviendo la espalda a Jeff y saludando a otra de sus discípulas.

—¡Adiós, Elena!

—¡Adiós, profesor!

Como siguiera el profesor con la mirada a la muchacha que subía al tren, dió un empujón a Horacio que estaba allí parado, despidiendo a su sobrina.

—Oiga, ¿por qué no mira usted por donde va?—preguntó Horacio, encarándose con el de los bigotes.

—Porque ya estuve allí y no me interesa—contestó el profesor que hablaba siempre en camelo, porque detestaba la seriedad en la vida.

—¿Oh, pero si es el profesor Colonna!—gritó Horacio, reconociéndole—. ¿Cómo está usted?

—No puedo decírselo... ¡Es mi secreto!—replicó Colonna con misterio.

—Esta es mi sobrina, Sis Hopkins — presentó Horacio—. Este año va al colegio.

—¡Estará usted allí muy a gusto! Usamos las cañerías de su tío. Sólo que las últimas que puso estaban huecas...

—¿Hola, profesor! ¿qué hay?—dijo Sis dando la mano a Colonna con un gesto muy campesino y muy inocentón.

—Es la primera vez que sale de viaje—recomendó Horacio al profesor—y le agradeceré que cuide de ella en el tren.

—¿Es mi especialidad!

—¿Sí?

—Sí... Eso y jugar a la oca—replicó Colonna que no perdía nunca el humor.

—Pues mientras ustedes se instalan en el departamento yo voy a buscar unas revistas para que se distraiga Sis. ¿Quiere que le traiga algo, profesor?

—Sí, algo ameno... algo distraído.

—¿Qué quiere usted?

—Unas tablas de logaritmos—replicó Colonna muy serio.

Al fin el tren se puso en marcha, quedando el profesor y Sis sentados uno junto al otro, gracias a una divertida estratagema de Colonna, que logró desocupar el asiento que estaba al lado de Sis, para no desamparar a la muchacha que le había sido confiada.

La miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo y le complacía aquel tipo extraño de mujer, tan distinto a los que veía desfilar constantemente por las salas de la universidad, todo muchachas modernas, muy bien vestidas, muy bien peinadas, muy bien acicaladas, tan-

to, que parecían muñecas de un mismo almacén salidas de las manos de un mismo artista. Esta, por lo menos, tenía personalidad, aunque era más fea que Picio y vestía del modo más estrafalario que pudiera uno imaginarse.

—¿Es usted de la ciudad, señorita?—le preguntó.

—No. Vine del campo hace poco.

—¡Interantisimo!... ¿Qué hay más interesante que la agricultura científica hoy en día?

—Habla usted tan bien... que no me entero de nada—dijo Sis abriendo mucho los ojos y la boca para expresar su admiración—. ¿Quiere repetirme de nuevo lo que acaba de decir?

—Agricultura científica. A base de ella, nuestro profesor de Ornitología ha hecho experimentos maravillosos... Ha conseguido cruzar un canario con un pingüino... y el resultado es que canta las melodías laponas perfectamente.

—¡Bah, eso son cuentos y nada más que cuentos!—exclamó Sis, que no era tan tonta como a primera vista parecía—. Cuando yo estaba en el campo teníamos un pájaro que era mitad gallina y mitad loro... y cuando iba a poner un huevo no cacareaba... te venía a buscar y te decía: "¿Dónde le pongo esto?"

Colonna simpatizó con aquella chiquilla. Era de su mismo género. A medida que iban entrando los estudiantes en el vagón, Colonna los miraba con un poco de desprecio y luego volvía la vista a Sis y le sonreía.

—¡Oh, profesor! ¡Este año, viene usted con una amiguita! — le dijo uno de los muchachos con bastante impertinencia.

—Sí... ¿Y qué?

—Nada... ¿Cómo te llamas, pequeña?

—Sis—replicó la campesina con ingenuidad.

—¿Le basta?... Pues vaya usted a su sitio — dijo Colonna al muchacho, que se quedó muy corrido.

Sis Hopkins oía hablar a todos del colegio y particularmente del señor decano, y aquel nombre le llamó la atención, porque no recordaba haberlo leído nunca en ningún santoral.

—¿Quién es ese señor decano del que todos hablan?—le preguntó a Colonna.

—Decano no es un nombre, es un título — explicó Colonna—. Es el director del colegio. ¿No ha ido usted nunca a ningún colegio hasta ahora?

—No. Yo no he ido nunca a nin-

guna parte antes de ahora — dijo Sis.

—¿Qué ingenua y qué sincera es usted? ¿De qué piensa graduarse?

—¿Y eso qué es? No le entiendo, profesor; ya le he dicho que hablaba demasiado bien para mí.

—Quiero decir que qué piensa estudiar... qué va a ser cuando salga del colegio.

—¡Oh... creo que seré una vieja entonces!—rió Sis, dando a entender que era tan tonta que nunca lograría aprender nada.

Colonna se rió y todos los bigotes le retemblaron con la cartajada, produciéndole en los carrillos colorados y orondos un delicioso coquilleo.

Cuando llevaban ya recorridas algunas millas, los estudiantes comenzaron a abandonar el compartimiento.

—¿Dónde van?

—Al vagón de equipajes. Allí tienen los instrumentos y organizarán un concierto para amenizar el viaje.

—¿Son buenos músicos? — preguntó Sis.

—¿Buenos? ¡Magníficos! Vamos a oírles—replicó Colonna.

—Es que no conozco a nadie...—vaciló Sis.

—¿A nadie?

—Bueno... conozco a Carol, a mi prima... y no mucho...

—¡Oh, pero Carol es amiga de todos! ¡Ya es bastante para introducirse! Supongo que en el colegio vivirá con ella.

—Eso supongo yo también...

Se dirigieron el profesor y la nueva alumna al vagón de equipajes. Allí se habían reunido todos los estudiantes y estaban templando los instrumentos para ponerse a tocar y hacer así más llevaderas las horas de tren.

—¡Oh, aquí hace un calor irrespirable!—dijo uno.

—Pues eso lo arreglo yo pronto —replicó otro—. Verás...

Abrió la puerta corrediza y pudieron contemplar desde allí la vasta extensión de campos que se tendía ante ellos, en una rápida y fugaz visión al correr vertiginoso del tren.

Los campos estaban en plena actividad. Los labradores levantaban las cabezas al paso del convoy y agitaban en alto sus sombreros, saludando desde lejos.

Los estudiantes se burlaban de ellos.

—¡Eh, abuelo! ¿Qué tal va la cosecha?—gritaban a uno.

—Mirad esos palurdos. ¡No de-

ben de saber ni la hora que es! —comentó otro.

—¿Qué opináis de la ciencia difícilísima de plantar patatas?—preguntó una rubita platino que no debía de conocer otra ciencia que la que se aprende delante de un espejo y con un manual de afeites en la mano.

—¡Qué van a hacer esos asnos, si no sirven para otra cosa!—afirmó un chico cuya ciencia no debía alcanzar más allá de la que los mismos asnos tienen, y ni aun eso, porque los asnos gozan de una estóica filosofía y aquel muchacho no debía de saber ni que estas palabras existieran en el diccionario de la lengua.

—¡Fijaos en aquel individuo!—gritó otro de los estudiantes, mostrando a un labrador que se había quedado apoyado en su pico, mirando con aire bobalicon cómo desfilaba ante sus ojos la recua de vagones arrastrados por la máquina en una marcha loca—. Estoy seguro de que se cree que la gramola es una enfermedad.

—¡Y poco le falta para tener razón!—comentó Colonna, que odiaba el artefacto.

Sis, que había escuchado en silencio todas aquellas frases, intervino en defensa de los asnos:

—¡No debíais hablar así de los campesinos! ¡Lo que ellos hacen es muy importante!

Fue en aquel momento cuando todos los estudiantes, chicos y chicas, se fijaron en el tipo estrafalario y ridículo que estaba entre ellos.

—¡Mira qué sombrero tan cursi! ¡No he visto nunca nada tan ridículo!—comentó una de las muchachas al oído de su vecina.

Sis no dió importancia a los comentarios que suscitaba su presencia entre sus compañeros. Se había apoyado cerca de la puerta abierta del vagón y miraba al campo que se extendía a su vista. Sin darse cuenta ella misma de lo que hacía, se puso a cantar una de aquellas típicas canciones montañesas que ella cantaba tan bien, canciones de estrofas serias y sentimentales entremezcladas con otras cómicas, de frase graciosa y picarescas que ella, mejor que nadie, sabía subrayar con una especial malicia llena de ingenuidad al mismo tiempo.

Sus compañeros la acompañaron a coro, haciendo diferentes voces. Y, cada vez que terminaba una canción, Sis comenzaba otra, siempre de acuerdo con el paisaje que se desarrollaba ante su vista.

Llegaron así, sin sentirlo, a la estación de término, y cada uno co-

rrió a recoger su propio equipaje, deshaciéndose en un segundo el grupo que habían formado durante aquellas horas que había durado el viaje.

Sis recogió sus maletas, buscó un taxi y se hizo conducir al Colegio Johnson.

El chofer la miró con algún recelo. No estaba acostumbrado a llevar a tipos semejantes a aquel colegio aristocrático al que concurría lo más destacado y sobresaliente de la aristocracia —aristocracia de la sangre y del dinero— de todo el estado; pero, al verla tan decidida, se encogió de hombros y condujo a la dirección indicada a Sis Hopkins, que lo miraba todo con sus ojos curiosos ávidos de ver y conocer.

Cuando el taxi se paró a la puerta del elegante colegio, Sis dijo al chofer mostrándole el baúl:

—Coja usted de un lado y yo cogeré de otro y así entre los dos lo entraremos.

—Oiga, señorita—le contestó el chofer, que seguía recelando—. ¿No sería mejor que primero se asegurara de si realmente es aquí donde ha de venir usted?

—Está bien... pero tenga cuidado con él... no lo vayan a robar.

Cruzó el pequeño jardín y entró



—¡Quiétopa! ¡Un instante!



—Si me descuido un poco, se me achicharran hasta las trenzas.



—¿Qué tal andas, tía Clara?



—...necesitarás algún dinero para tus gastos particulares.



Al fin al tren se puso en marcha...



...se habían reunido todos los estudiantes...



...Six sonreía a aquellas chicas con toda su boca enorme...



—¡Tralarará... tralalá... tralalá!



—...el dinero allana siempre las dificultades.



—¿Qué te pasa, Jeff? ¿No tienes apetito?



—Mira— dijo el policía—



—No me pregunte nada, señor decano... No pueda decir nada...



—Me ha expulsado... ¡Pero estuvo muy cariñoso conmigo!



—De prisa... Sí... Vístela... Llegas justo para tu número...



...obteniendo todos un gran triunfo

en el hall donde la secretaria estaba en su buró tomando nota de los que iban entrando.

—¡Hola!—dijo Sis dirigiéndose a ella—. ¿Cómo está?

La señorita Riple levantó los ojos y se quedó aturdida al ver ante ella a aquel fantasma.

—¿Qué desea usted?—le preguntó sin ninguna amabilidad.

—Busco hospedaje aquí.

—¿Hospedaje? ¿Eeeeh?—murmuró la señorita Riple de muy mal humor—. Me parece que se equivoca usted de casa... Aquí no podemos hospedar a nadie más.

—¡Ah, es que yo no pretendo estar como huésped! Quisiera que me trataran como en familia—insistió Sis Hopkins.

—Lo siento mucho, pero no hay libre ni una sola habitación—replicó la señorita Riple, que no quería dar paso a aquel esperrpento. El Colegio Johnson estaba demasiado bien acreditado para que manchara su fama la presencia de una chica como aquella.

—Bueno... no soy muy exigente. Si no tiene habitación, me pone un catre aquí o donde quiera. ¡Yo dormía en el pajar cuando en casa éramos demasiados!

—¡Oh, qué ingenioso!—rió la señorita Riple mordiendo los labios

para no perder su educación y su ecuanimidad—. Si me quiere dejar su nombre la avisaré cuando sepa que hay algún pajar desocupado.

—Me llamo Sis Hopkins.

—Tomaré nota ahora mismo... Sis... Hop...

En aquel momento la señorita Riple recordó que el decano le había recomendado de un modo especial que atendiera bien a la sobrina del señor Hopkins que vendría al colegio y que tuviera con ella las máximas consideraciones, puesto que el señor Hopkins era quien costeara el gimnasio, la piscina y todas las grandes obras del edificio escolar.

—¡Ah!... ¡Oh!... ¡Huy!... ¡Miss Hopkins!... ¡Dios mío!... Señorita... señorita...—llamó desesperadamente corriendo en pos de Sis que ya había salido a la calle—. Señorita Hopkins, pase, pase usted... Espero que no la molestaré mucho compartir la habitación con otra educanda...

—¡Qué va! ¡Ni aunque tuviera que compartirla con cincuenta! ¡Si he dormido más de una vez con un centenar de ovejas... y a veces también con algunas docenas de vacas.

—¡Je, je! ¡Qué graciosa es usted, señorita Hopkins!... No crea que tenga que vivir hacinada, como en

rebaño, no... La compañía que voy a darle estoy segura de que le agradará a usted.

Sis siguió a la señorita Riple que la condujo al cuarto de Carol, cuando ésta estaba departiendo con un grupo de compañeras.

—¿Sorpresa? — dijo la señorita Riple, entreabriendo la puerta y sonriendo con aquella sonrisa servil a la que estaba acostumbrada por su cargo.

Carol se volvió y se encontró frente a Sis, que venía llevando la maleta de la mano, con su aire estrafalario, su cara botulicono y su porte de montañesa.

—¿Qué es eso?—preguntó Carol, alarmada, no aún razón.

—Su prima y usted compartirán la habitación, señorita Hopkins. ¿Está contenta?

—Pero... ¿es que ha venido para quedarse en el colegio?

Las demás muchachas se habían alejado a la entrada de la secretaria y de Sis, de suerte que no podían escuchar la conversación.

—Sí, ha venido para quedarse en el colegio. Pero, acaso he cometido una indiscreción... Tal vez su papá pensaba sorprenderla...

—No se preocupe... Lo hecho hecho está...

—¿A quién se lo "digas"!—exclamó Sis.

Y la profesora corrigió:

—¿A quién se lo cuentas!

—¿Qué es lo que he de contar?—preguntó Sis.

—A nadie. Le corregía la sintaxis.

—¿La qué?

—¡Ja, ja, ja!—rió la señorita Riple—. Las voy a dejar solas. Probablemente tendrán muchas cosas que decirse...

—¡Muchas!... — murmuró Carol mascando la palabra con rabia.

Cuando se quedaron solas, Sis se acercó a su prima y lo dijo, suplicante:

—Prima Carol... yo quisiera...

—Lláname Carol a secas.

—Bueno, Carol...

—Oye, Sis—comenzó a decir Carol con la voz alterada por la ira.

Pero en aquel momento se entreabrió la puerta y asomaron la cabeza varias compañeras de Carol que, naturalmente, entraban con la sana intención de curiosar y, si era posible, de satirizar mordazmente a su "amiga", con esa saña que ponen las mujeres en mortificarse unas a otras con cualquier motivo.

—¡Hola, Carol! ¿Qué tal?

—Pasábamos por aquí y dijimos... vamos a entrar. Creo que te ha lle-

gado una compañera... Nos lo han dicho ahora mismo.

Carol las miró a todas y dijo, desahándolas:

—Sí... es ésta... Se llama Sis.

—¿Sis?... ¡Hola!... Yo me llamo Betty.

—Yo, María.

—Yo, Betty.

—Yo, Luisa.

Le estrechaba la mano cada una de las que por sí misma se iba presentando y Sis sonreía a aquellas chicas con toda su boca enorme, con aquella sonrisa de campesina bobalicona que no ha visto nada del mundo y que todo la asombra.

—Estoy muy contenta de conocerlas...—dijo, cuando ya hubo saludado a todas, desgarbada y cómicamente—. Pues he venido al colegio yo también... ¿saben?... Y Carol y yo vamos a vivir juntas.

—¿Juntas?

—Sí, juntas, en la misma habitación — explicó Sis que estaba encantada con la idea de compartir la habitación con su prima.

Las otras soltaron el trapo a todo rír. ¡No podían imaginarse a Carol, la aristocrática, la fina, la elegantísima Carol, compartiendo su cuarto con aquella palurda venida de Dios sabe qué rincón de la montaña!

—Carol, ¿pero es posible? — le preguntó una de las muchachas, con la boca llena de risa, sin lograr casi pronunciar las palabras.

—Sí... El colegio está completo... No hay habitaciones libres y el decano me lo ha pedido como un favor especial.

Cuando ya se despedían de Carol y Sis, entró la señorita Riple y preguntó ingenuamente:

—¿Les ha presentado ya Carol a su prima Sis?

—¡Cómo! ¿Tu prima? ¿Pero es tu prima?—exclamó una de las colegialas.

—Sí—dijo Sis, sin fijarse en la mirada de odio que le lanzaba Carol—, el papá de Carol y el mío son hermanos... hermanos gemelos... El abuelo decía siempre riendo que sólo se les podía distinguir porque uno fumaba puros y el otro tabaco picado.

La señorita Riple venía acompañando al maletero que traía el baúl de Sis.

—Deje, yo le echaré una mano— exclamó ésta viendo que el pobre hombre llevaba penosamente el pesado fardo.

Y ni corta ni perezosa, con su fuerza de campesina acostumbrada a los más rudos trabajos, cargó con el baúl y lo entró en la habitación,

como si entrara un fajo de paja.

—¡Sis! ¿Qué es esto?—exclamó Carol, avergonzada del comportamiento de su prima.

Y ésta, para acabarlo de componer, explicó riendo:

—No es nada, prima... ¡Tenías que haberme visto cargada con un saco de camotes!

—¡Qué gracioso!... ¡Me hubiera gustado verte cómo lo hacías!—dijo Betty, mirando burlona a Carol, que se consumía de coraje.

—Bien, señoritas, mejor será que vayan a prepararse para la cena—interrumpió la señorita Riple.

Y cuando las muchachas, después de saludar a las dos primas, salieron de la habitación, se volvió la señorita Riple a Sis y le preguntó:

—¿Qué quiere decir *camote*?

—¡Ah! Pues son boniatos. Pero en el campo les llamamos así.

—¡Boniato! ¡No sabía que se le daba ese nombre! Siempre se aprende algo nuevo. Al principio creí que camote se refería a alguna danza oriental. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa es su prima, Carol, qué graciosa?—dijo la secretaria, saliendo de la habitación.

—¡Mucho!... —murmuró Carol, mordiéndose los labios rabiosa y enfurecida.

Luego se dirigió al maletero y le dijo:

—Oiga, mozo... tome, por el trabajo—y fué a darle una propina.

Pero Sis lo impidió:

—Espere, Carol; yo sé bien cómo se hacen las cosas en la ciudad... pero ese baúl es el mío y soy yo quien debe pagar por su transporte.

Abrió su bolso y sacó el dinero.

Carol la miró asombrada, y más enfurecida aún, le preguntó:

—¿Ea que también te ha dado dinero papá?

Mientras esto ocurría en la habitación de Carol, el profesor Colonna estaba gozando en la suya de las delicias de un magnífico baño. Metido dentro de la bañera, había conseguido llenarla de espuma, de una espuma blanca y espesa con la que se divertía haciendo pompas de jabón, logrando, con habilidad y gracia, tamaños insospechados en las mismas.

Sus bigotes enhiestos le tembla-

ban de emoción, mientras sus ojos saltones y móviles giraban en sus órbitas, siguiendo la trayectoria de la pompa que se había escapado de la caña y flotaba en el aire con veleidades de coqueta.

Cuando había conseguido hinchar la más redonda y grande de todas las pompas de jabón que jamás humanos labios hubieran podido construir, sonó el timbre del teléfono.

De entre la espuma de la bañera sacó el profesor el aparato y se puso al habla.

—Diga... — murmuró de mal humor.

La voz de la señorita Riple, que desde hacía años soñaba con alcanzar un puesto predilecto en el corazón de Colonna, sonó al otro lado del hilo.

—¡Hola, profesor! ¿Sabe quién soy?

—¡El cuerno de la abundancia! —replicó Colonna, arrugando la frente, porque, después de aquellos años de constante persecución, comenzaba a sentirse fatigado de las aseiduladas de la señorita Riple.

—No... no...

—Entonces... ¡déjeme en paz!... ¡Qué testarudez de mujer! —añadió para sí.

—Oiga, profesor, soy Mary Riple... ¿Le molesto?

—¡Oh, no, no! ¡De ninguna manera! ¡Usted no molesta nunca!... Precisamente estaba leyendo en mi despacho...

—¡Oh, profesor! Me han dicho que había usted llegado esta tarde y he querido saludarle. ¡Si viera cuánto le he añorado!...

—¿Sí?... Yo también la he añorado mucho. Cada noche, al irme a dormir, soñaba con usted. ¡Oh, Carolina, mi dulce Carolina!...

—Pero, profesor... mi nombre no es Carolina—dijo la señorita Riple muy nerviosa desde el otro extremo del hilo.

—¡Ah! ¿No se llama usted Carolina? Entonces me he colado.

—¡Oh, profesor, no pierda usted nunca el humor!

—Le aconsejo, en principio, que no se dedique al ripio...

—Profesor..., profesor... ¿seguirá usted siendo el hombre de antes?

—preguntó la secretaria, poniéndose sentimental y coqueta.

—Sí... siempre... siempre hecho un idiota—murmuró Colonna, que no se tomaba en serio ni un entierro.

—¡Oh, profesor! ¡Es usted un encanto! ¡El hombre que yo había soñado! Quisiera estar a su lado

toda la vida... ¿Qué le parecería si estuviéramos juntos ahora?

—¡Señorita, por Dios, que me ruborizo!—exclamó Colonna, pensando en el efecto que le produciría a la señorita Riple verle metido en aquel mar de espuma.

—¡Oh, si pudiera verle, qué emoción tan grande sentiría, profesor!—suspiró la Riple.

—¿Emoción? No lo dudo, no lo dudo... Quizá más de lo que usted se imagina en este momento.

—¡Ah, tiene usted un carácter que es igual que las burbujas de jabón, risueño y expansivo!...

—Es que me ve usted?—preguntó Colonna alarmado al oír aquello de las burbujas de jabón.

—No... le imagino nada más...

—Pues la felicito por su fecunda imaginación... Pero llame más tarde. Ahora tengo prisa, porque debo dar clase y... ¡bueno, hasta luego!

Dejó el teléfono el profesor, y, cubierto de espuma, como hubiera podido surgir Venus de las olas (¡si no fuera por aquel malhadado bigote que no compaginaba en absoluto con la figura mitológica!) salió Colonna de la bañera. Comenzó a lanzar lejos de sí la espuma que le cubría y apareció con un honestísimo traje de baño, de calzón has-

ta el tobillo, mangas hasta el codo, rayado como una cebrá, con un largo faldón que le llegaba a la rodilla, y murmuró, sonriéndose a sí mismo con beatífica complacencia:

—¡Lindo el modelito!, ¿eh?

Se vistió precipitadamente y fue a dar clase.

Sis era una de sus alumnas predilectas. Aquella muchacha campesina que decía las verdades al lucero del alba, que no se preocupaba poco ni mucho de las murmuraciones que había en torno a ella, que reía por cualquier cosa y estaba siempre dispuesta a divertirse, complacía al profesor, que estaba ya cansado de lo artificioso y trivial de todas las muchachitas universitarias.

Colonna era el director artístico del colegio y el que enseñaba a las alumnas declamación y arte escénico.

Aquel día preguntó a Sis, que estaba sentada a su lado, en el jardín, terminada ya la clase:

—¿Qué tal va eso, Sis?

—A las mil maravillas, profesor.

—¿Le gusta el colegio?

—Me entusiasma; y me encantan todas mis compañeras.

—¿Le gusta la declamación, Sis?

—Me entusiasma... ¡Y hago grandes progresos! Píjese.

Sis comenzó a declamar en tono altisonante, con grandes gestos melodramáticos:

—Pensylvania, al norte del Atlántico, es uno de los trece estados unidos que había en un principio originales. Tiene la forma de un rectángulo... excepto en el noroeste... donde un saliente de forma triangular le da una costa de cuarenta millas sobre el lago Erie... En el este, donde el río Delaware, con dos amplias curvas, le separa de Nueva York... y de Nueva Jersey...

—¡Magnífico! — exclamó Colonna, interrumpiéndola.

—¿Qué le parece a usted, profesor?—sonrió Sis, con aquella sonrisa que ensanchaba su boca hasta dar que temer a quien la veía que formara circunferencia alrededor de su cabeza.

—¡Caramba! ¡Que eso está muy bien! ¡Que declamando llegará usted a una altura considerable!—exclamó el profesor, haciendo dar vueltas desenfrenadas a sus ojos

saltones que tenían movilidad de peonzas.

—Sí, eso mismo me ha dicho la señorita Riple... Me ha dicho que si sigo así dentro de seis meses tal vez llegaré a ser una mediocre...

—Habrá dicho una *babieca*... y quizá no necesite usted ni seis meses para llegar a esto—dijo el profesor, muy serio.

Y Sis imaginó que acababa de hacer de ella el más acabado y elocuente elogio.

Una semana más tarde, Sis detuvo al profesor un momento para decirle, con emoción sincera:

—Oiga, profesor... quiero darle a usted las gracias por haberme dado un papel en la comedia que vamos a representar.

—¡Oh... no tiene nada que agradecerme! ¡Es un papel sin importancia! Pero oiga, es la hora de su clase... ¿No va usted a llegar tarde?

Salían en aquel momento de la universidad las muchachas para su clase de atletismo. Iban corriendo a paso rítmico y se encaminaban hacia el campo de deportes para practicar los saltos de altura y de distancia. Iban todas vestidas con su pantalón corto y su blusita flotante. Sis las miró, miró al profesor y murmuró, no dándose cuenta de por

qué corrían aquellas muchachas:

—Sí, sí, debo hacer tarde a juzgar por lo que corren esas... Será mejor que me vaya con ellas...

Se levantó de la silla como una exhalación y comenzó a correr tras de sus compañeras. Corría como liebre perseguida por buenos rastreadores y, como sus piernas eran largas y ágiles, no le costó gran trabajo ponerse a la cabeza del grupo de deportistas, con gran enojo por parte de Carol, que era una de las más aventajadas corredoras, saltando como ellas todos los obstáculos y venciendo todas las dificultades. Llegó la primera a la meta, después de haber hecho, sin saberlo ella misma, un alarde de atletismo.

Los profesores la felicitaron con entusiasmo.

—¿Quién es esa chica tan extraordinaria? — preguntó uno de los entrenadores.

—No lo sé; lo único que sé es que acaba de batir el récord mundial de velocidad y de distancia.

Pronto comenzaron en el colegio los ensayos para la comedia que el cuadro artístico del mismo ha-

cía todos los años y que constituía uno de los alardes más sobresalientes del estado en cuestiones de arte.

El profesor Colonna era el director escénico, el director del canto y el director de todo cuanto a la comedia hacía referencia, pues él se constituía en alma y nervio de la misma.

Jeff, el amigo de Carol, era quien se encargaba de la dirección de la orquesta y él ensayaba sus cantos al ritmo loco de sus músicos.

Colonna pidió aquella tarde:

—Traigan la partitura del número de Carol... Ella ya tiene su parte... Nenas, vamos a empezar el ensayo, y con formalidad, porque se acerca el día del estreno y no nos puede coger desprevenidos. Es preciso estudiar con fe y con ardor.

Llegó la señorita Riple, con sus monadas y sus tics nerviosos y sus saltitos de adolescente que encajaban muy mal con su cara envejecida por muchos años de trabajo y de vana espera, y acercándose al profesor, le dijo con su voccecita que era como un silbido:

—Aquí me tiene, profesor... Tan alegre y madrugadora como un pajarito.

—Pues búsquese un gusano... y cierre el pico—replicó Colonna que no perdonaba a la Riple ninguna

mortificación— ¡Tengo que ensayar!... ¡Tralarará... tralalá... tralalá!—gorjeó el profesor.

—¡Oh, estoy enamorada de su canto! — exclamó la Riple con un gesto elocuente.

—También me gusta bastante a mí—afirmó Colonna.

—Y dígame... esa voz maravillosa... ¿es natural o la ha educado usted?

—Traté de educarla... ¡pero aun no lo he conseguido! Mi voz es como yo: rebelde a toda educación.

—¡Ja, ja, ja!—rió la Riple con aquella risita nerviosa que era como un hipo—. Es usted modesto, profesor... ¡Tiene usted una voz tan masculina!

—Gracias... Lo mismo le digo.

—¡Ja, ja...!—se le truncó la risa en los labios al darse cuenta de lo que acababa de decirle el profesor, y volviendo a él, inquirió, un tanto escamada—: ¿Cómo...?

Colonna no replicó, volvió la espalda y se engolfó en el estudio de la partitura; pero la Riple no le abandonaba tan fácilmente como él hubiera deseado.

—Me han dicho que este año van a cantar ópera en la función del colegio. ¿Cuál ha elegido usted? ¿Acaso "Carmen"?

—No lo sé... No me preocupa...

Lo único que desco es que sea muy guapa—replicó el profesor, creyendo que la Riple le hablaba de alguna artista y no de una ópera.

Jeff se acercó a Colonna y le tendió la mano, cordial y simpático.

—Profesor, esta partitura es algo estupendo. La he estudiado con verdadero placer. ¿Vamos a ensayar? ¡Eh, Carol! ¿Dónde está Carol?

—Todavía no ha venido—respondió una de las que tomaban parte como comparsa en la comedia.

—¿Que no ha venido Carol? ¿Cómo podremos ensayar sin ella? ¿Cómo voy a poner mi obra sin la cooperación de mis artistas?—gritó Colonna, ahuecando mucho la voz, para darse el tono de un verdadero director artístico.

—No puede tardar mucho en venir... Entretanto podemos ensayar la parte musical.

—Bueno, pero es perder el tiempo sin el acompañamiento de la voz humana.

—Si tuviera a alguien que cantara la parte de Carol, podríamos ensayar mejor—dijo Jeff.

Y Colonna tuvo una inspiración.

—Se me ocurre una idea... Puede cantar la parte de Carol alguien de la familia... ¡Eh, Sis, ven acá, mujer, que te necesitamos!

Sis estaba encaramada en lo alto

de un andamio, pintando las decoraciones. Iba con sus dos trenzas hirsutas, con su vestido de aldeana, con su facha de muchacha campesina que desentonaba por completo en aquel ambiente de chiquillas refinadas y ultramodernas, de melenas doradas, huecas, rizadas por una permanente perfecta, con los rostros pintados con arreglo a un mismo patrón, las cejas finas y altas, los labios muy rojos en forma de corazón, alargadas las pestañas por el rímel y sombreados los párpados por los cosméticos, mientras Sis se presentaba en toda la naturalidad de su rostro feo, pero de tan acusada personalidad que ella sólo hubiera conseguido destacarse entre mil de aquellas muñecas muy menas y muy perfumadas que no se diferenciaban la una de la otra más que por el nombre.

—¡Alcanzadme esa cuerda!—gritó Sis desde lo alto del andamio.

Le acercaron una cuerda que pendía en mitad del escenario, se cogió a ella fuertemente y con un salto de chimpancé se deslizó hasta el suelo, con un grito gutural propio de Tarzán.

—Sis... ¿quiere usted ayudarnos?—preguntó el profesor Colonna a la muchacha, cuando la vio frente a sí, después de aquel momento de

angustia en que todos creyeron que se iba a estrellar contra el suelo.

—Claro, profesor, si es que les soy útil pueden disponer de mí.

—Ensaye esto con Jeff, ¿quiere?

—¿Qué es?—preguntó Sis, mirando la partitura.

El profesor se lo tarareó, porque ya supuso que no entendería jota de todos aquellos signos que Sis miraba detenidamente, con la máxima atención.

Los ojos de Sis rieron al escuchar la tonadilla.

—¡Ya lo creo que quiero ensayar! ¡Si lo canto a todas horas sin que nadie me oiga!

—¿Y cómo lo hace para cantar sin que la oigan los demás?

—Canto aquí dentro—replicó Sis, señalándose la cabeza.

—Hum—musitó Colonna, dando vueltas a sus ojos y moviendo el bigote en todas direcciones.

Comenzó el número y Sis hizo un delicioso dúo con Jeff. La vía cómica de la muchacha ponía una nota nueva en aquella melodía divertidísima, y su modo de subrayar las frases tenía una gracia singular y originalísima.

Cuando terminó, Colonna se acercó a ella entusiasmado.

—¿Por qué no me dijo nunca que tenía usted esa voz?

—¿Cuál?

—Esa... la que lleva usted en su garganta.

—¡Ah, pues no he llevado nunca más que ésta!

—¡Pues yo le digo que es una maravilla! Con esa voz podría cantar hasta ópera.

—¿Ópera? ¡Pero si yo no tengo la menor idea de cantar ópera!

—Déjeme que le enseñe...

—¿Qué me va a enseñar usted?— preguntó Sis, asustada.

—Eso... ópera... Déjeme a mí, Sis, y verá usted a lo que llega... ¡Jeff, hay que reformar todo el tercer acto! ¡Hay que buscar algo exclusivo para Sis!—exclamó Colonna con creciente entusiasmo—. ¡Yo haré de usted una "prima donna"!—

—¿Una prima... qué?

—¡Oh, Sis, no la preocupen las palabras!... Usted cantará, aunque no sepa lo que se dice...

—¿Que voy a cantar?—gritó Sis, loca de alegría, comprendiendo, al fin, lo que el profesor quería decirle—. ¿Que tomaré parte en la función del colegio? ¿Que también yo estaré en el coro?...—

—¿En el coro?... ¡Será la primera estrella! ¡Yo se lo juro!... Vámonos, Sis, no perdamos tiempo... Siga mis lecciones.

Profesor y discípula comenzaron

inmediatamente las clases y pronto Sis logró dominar aquel mundo nuevo de la melodía, que ya ella llevaba en potencia latente dentro de su ser.

* * *

Y mientras Sis triunfaba en el colegio, en casa de los Hopkins las cosas se iban poniendo feas y tirantes.

Carol había enviado un telegrama a su madre contándole que Sis estaba en el colegio y que, con sus modales, su lenguaje y todo su comportamiento, la estaba poniendo en ridículo ante sus condiscípulos y sus profesoras.

—¡Oh!... —exclamó Clara con acento melodramático, encarándose con su marido, que no se tomaba las cosas tan a lo vivo, que quería a su propia familia y que no renegaba de sus principios, pues no se avergonzaba de haber sido un simple fontanero emparentado con gente de la montaña, burda, pero nobilita y franca.

—¡Oh... qué!... ¿A qué viene esa exclamación, como si te estuvieras

muriendo o como si hubieras visto la sombra de Frankenstein?

—No quieras llevar a otro terreno este asunto, Horacio... ¡Ahí tienes lo que has logrado con tu conducta!... ¡Ah, Horacio Hopkins, ya podías suponer que ocurriría esto!

—¿Pero qué es lo que ocurre?

—¿Debí tomar una determinación en cuanto me enteré de lo que habías hecho!

—¿Qué es lo que he hecho? No entiendo jota de lo que estás hablando.

—¡Mandar a Sis al mismo colegio de nuestra hija!... ¡Oh!... ¡Oh!...

—¡Oh!... ¿No fuiste tú la que me ordenó que la echara de casa?

—Claro... Pero no te dije que humillaras a Carol, mandando a su propio colegio a esa palurda... ¡Ahora nuestra hija reñirá con Jeff, cuando Jeff vea qué clase de parientes tenemos! ¿Qué crees tú que pensarán las amigas de Carol?

—¿Déjalas pensar, si es que piensan alguna vez!

—Mira, si tú crees que esto está bien hecho, yo creo todo lo contrario... y ahora mismo voy a poner remedio... ¡Harvey!—llamó, con voz fuerte.

—Mande la señora — replicó el mayordomo, apareciendo como un fantasma en la puerta del salón.

—Diga a María que haga las maletas.

—Bien, señora.

—Vamos a irnos de viaje.

—¿Por qué dices "vamos"?—preguntó Horacio—. ¿Es que llevas contigo algún perrito?

—Tú y yo nos iremos al colegio de Carol y allí arreglaremos este asunto de una vez—replicó Clara autoritariamente.

—Y yo digo otra vez que no pienso ir... ¿Lo has entendido?

—¡Horacio!—gritó Clara, mirándole de tal forma que Horacio no tuvo más remedio que, como un perrillo faldero, seguir a su mujer y marcharse con ella al colegio, a pesar de su voluntad.

* * *

Carol les esperaba impacientemente, porque estaba ya cansada de su prima, de las humillaciones que le hacía pasar y, sobre todo y ante todo, cansada de ver que Sis, con su fealdad, sus bruscos modales, su tosca apariencia, iba adquiriendo

una personalidad y un relieve que ella no había conseguido jamás con toda su apariencia de dama de gran mundo.

—Carol, debiste haberme dicho todo esto en cuanto empecé a ocurrir—decía Clara, amonestando a su hija.

Horacio se hacía el distraído, como si no fuera con él nada de lo que pudieran hablar la madre y la hija.

—¿Y tú, qué es lo que piensas hacer?—le preguntó su esposa, volviéndose de pronto a él como una furia.

—No pienso hacer nada absolutamente—replicó Horacio con perfecta calma.

—¿Es que piensas estarte ahí quieto, sin tomar ninguna determinación?

—Clara, escucha bien lo que voy a decirte—dijo Horacio en un tono de voz que ni su mujer ni su hija le conocían aún—. He aguantado con paciencia todas tus impertinencias de las últimas seis horas... ¡y no quiero hablar de los últimos veintitrés años!

—¡Horacio!—exclamó Clara, sorprendida.

—¡Tú ahora me escuchas y te callarás por una vez!... ¡He cedido ya demasiado tiempo a vuestros capri-

chos!... ¡Y me estáis fastidiando demasiado con vuestras tontas pretensiones!... Si no os parece elegante que Sis esté en el mismo colegio de Carol, que se marche Carol a otro colegio.

—¡Horacio!

—He dicho que te calles... La que protesta es Carol; pues que se marche, si no está contenta.

—Papá... eres muy injusto conmigo—murmuró Carol haciéndose la nena mimada.

—¡Tú te callas, o de lo contrario te sacudiré con la zapatilla en!... ¡Bueno, ya sabes dónde!... ¡Vosotros no sois el cabeza de familia! ¡Y si soy yo quien paga las facturas, y quien lleva los pantalones, soy yo quien va a dar en adelante las órdenes!... Conque meteos bien en la mollera esta idea: aquí, el que manda soy yo.

—¡Papá!

—¡Horacio!... ¡Nunca te había oído hablarme así!

—Pues vas a oírme así desde ahora... ¡Eal...

Muy digno, muy enérgico, muy altivo, salió de la habitación y cerró la puerta tras sí.

Al encontrarse solo volvió a su expresión de buen hombre y murmuró, asombrado de sí mismo:

—¡No sabía que fuera yo tan valiente!

Las dos mujeres se miraron asombradas también ante el brusco cambio de aquel hombre al que habían manejado siempre como a un muñeco y, cuando estuvieron repuestas de la primera impresión, la madre dijo:

—Bueno... si cree que nosotras lo vamos a consentir...

—Sosíégate, mamá... Tengo algunos planes en proyecto... y, si puedo realizarlos, no seré yo quien se marche... ¡Lo que nos vamos a divertir!... Espera... Voy a hablar por teléfono...

Marcó un número y esperó:

—¿Es Nick Barton?

—Sí, al habla Nick Barton, el gerente... Sí, señorita... ¿Cómo dice?... ¿Que quiere que?... ¡Oh, no es posible! ¡Tengo ya todo el elenco! ¿Cómo?... ¿Que piensa pagarme?... ¡Ah, se trata de una broma!... Diga, diga...

—Sí—explicó Carol a través del teléfono—. Se trata de una novatada que se da a un nuevo miembro de nuestro club de estudiantes... ¿Que consiente? ¡Magnífico! Sí, sí, sabe cantar... ¡Bien! Un día de esta semana le llamaré por teléfono para ponernos de acuerdo. Hoy sólo quería su consentimiento... Gracias...

El plan había sido concebido con toda la maldad y con toda la saña y estaban en el secreto la mayoría de los muchachos y muchachas de la universidad.

Cuando Carol estaba sola en la habitación, entraron algunas de sus compañeras a saber el resultado de la conferencia telefónica:

—¿Cómo ha ido?

—¡Maravilloso!

—¿Consiente?

—Sí; el dinero allana siempre las dificultades.

—Entonces...

Se interrumpieron, porque entraba Sis en aquel momento.

—¡Oh, Carol, perdona!... Creí que no tenías compañía...—dijo la muchacha con aquella ingenuidad que le granjeaba las simpatías, aunque muchas veces despertara las burlas de los envidiosos y de los perversos.

—Entra, Sis, entra... ¿Cómo estás, querida?—le dijo Carol, disimulando tras aquella amabilidad sus uñas de fiera.

—No quisiera ser inoportuna...

—Nada de eso, Sis... Nos marcháremos ahora—dijeron las otras, sonriendo—. Hasta luego, Carol... ¡Adiós, Sis!

—Hasta luego...

Sis miró a su prima un poco extrañada. No estaba acostumbrada a

aquella cariñosa acogida, pero en su ingenuidad pensó que, poco a poco, su prima la iba estimando, como ella la estimaba desde el primer día que la conoció.

Carol la tomó de la mano y la hizo sentar a su lado.

—Sis... tenemos una sorpresa para ti—la dijo en tono muy suave y cariñoso—. ¡Pero no debes decirlo a nadie!

—¿Pues claro que no lo diré, Carol!... ¿Qué es ello?

—Verás... Mis compañeras y yo hemos estado hablando mucho de ello y hemos pensado que... como tú eres tan simpática y tan buena... puedes ingresar en nuestro club...

—¿Cómo?...

—Que puedes ser socia de nuestro club, ¿entiendes?

—Pero... ¿de veras? ¿De verdad me dejarías entrar en vuestro club?

—volvió a preguntar Sis, muy emocionada, porque nunca se hubiera atrevido a soñar en aquello que le parecía fantástico.

—Claro que es de veras... Si no lo fuera no te hubiera hablado de ello—afirmó Carol con sangre fría, a sabiendas del daño que le estaba preparando a su prima.

—¿Oh, Carol!...—suspiró Sis, entusiasmada y emocionada—. Yo... yo me figuraba que tú... que no que-

ría alternar conmigo porque soy una muchacha de otra clase... porque no soy como tú... porque desconozco en absoluto los refinamientos y las reglas de la buena sociedad... Oye, Carol... ¿No lo harán por compromiso... porque soy prima tuya?—preguntó, recelosa.

—No, no, de ninguna manera... Lo hacen porque te quieren.

—¿Oh, Carol! ¡Este creo que es el acontecimiento más grande y más trascendental que me ha ocurrido en toda mi vida!... Dime, ¿qué debo hacer para ingresar en vuestro club?

—¿Ah!... pues, lo que hacen todas... Solicitarlo, y llenar algún otro requisito... Ya te pondrán al corriente.

—¿Y cuándo me presentaréis?

—Pues... tal vez el sábado próximo... ¡Pero no vayas a decirselo a nadie!... Es un secreto, ¿entiendes?

—No te preocupes, Carol... Yo, para estas cosas, soy una momia...

—¿No hace falta que lo digas!—replicó su prima soltando una mortificante carcajada de burla que Sis no supo o no quiso interpretar.

* * *

Aquella misma semana, las alumnas del colegio Johnson, acompañadas del profesor Colonna y de varios condiscípulos, asistieron a una representación nocturna en el teatro de la localidad.

Colonna estaba muy extrañado, porque aquellas escapatorias no solían ser frecuentes entre el elemento estudiantil, y sabía bien que tras cada una de ellas se encerraba siempre una doble intención.

—¿Qué se proponen ustedes?— les preguntaba a las muchachas.— ¿Por qué me han traído aquí?

—Es que he descubierto una estrella de primera magnitud, profesor. Hay aquí una chica que es algo magnífico. Tal vez pueda interesarle para nuestra función.

—¿Trabaja bien?

—Espere usted a verla y usted mismo juzgará, profesor. ¡Quedará entusiasmado!

* * *

La muchacha de quien hablaban no era otra que Sis que, asustada

y medrosa, estaba entre bastidores, sin saber qué hacer, sin saber por qué la habían llevado allí ni qué parte tenía que tomar en la representación.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?—preguntaba a todos los que pasaban por su lado.

Unos se encogían de hombros. Otros se burlaban con una sonrisa. Otros mascullaban entre dientes:

—¡Y a mí qué me cuenta!

Carol estaba un poco nerviosilla. La broma que pensaba llevar a cabo era arriesgada y muy cruel. Había, de antemano, avisado a la policía diciendo que en aquel teatro se daban espectáculos inmorales, y esperaba la salida de Sis con impaciencia.

Salió ésta porque fué empujada por alguien desde bastidores, y, al verse frente al público, comenzó a cantar y a gesticular con tal gracia y tanto donaire, que el público se reía a grandes carcajadas y aplaudía rabiamente.

Pero de pronto pasó algo inesperado. El vestido de Sis, abierto maliciosamente por Carol, cayó al suelo quedando ella en escena con muy poca ropa, en el momento mismo en que entraba la policía.

El escándalo fué formidable. Gritos, sillan rotas, estrépito, desma-

vos, dispersión general del público, detenciones; toda la escena, en fin, de un incidente como aquel, provocado por el alma negra de Carol, inspirada por la envidia y la perfidia.

Colonna corrió en auxilio de Sia. Había adivinado en seguida la mala intención de las compañeras de la pobre muchacha, y corrió a buscarla entre el tumulto, los portazos, las voces, y los mil obstáculos que fueron interponiéndose en su camino.

Era una escena cómica que hubiera hecho reír a cualquiera que no fuera el protagonista de ella. Las artistas salían huyendo de sus camerines tal como estaban y una de ellas, envolviéndose en una sábana, corrió a la calle, vagó como un fantasma y, huyendo siempre de la policía que le pisaba los talones, saltó por la ventana abierta de una casa que le era totalmente desconocida.

Sia fué detenida y llevada a la comisaría de policía por escándalo público. Mientraa, la rubita que se había escabullido en una casa desconocida, se encontraba frente a frente de Horacio Hopkins, que la miraba con ojos asombrados, no se sabía bien si de miedo o de complacencia.

—¿Quién es usted?—le preguntó

Horacio, extrañado de hallar en su propia casa visión tan encantadora.

—¡Hola, simpático!—replicó la artista, sonriendo para congraciarse con él.

—Le pregunto que quién es usted.

—Soy Vera. ¿Y usted?

—¿Yo? Horacio... Ejem... Ejem... ¿Qué viene a hacer aquí?—preguntó de nuevo, volviéndose a poner serio, porque le pareció que el caso lo requería.

—Muchacho... ¡menudo jaleo!... He entrado aquí hasta que pase el chubasco...

—¿El chubasco?... No ha amenazado aún... Y si no quiere que lo desencadene mi mujer cuando la vea a usted aquí, márchese ahora mismo.

—Pero, ¿voy a salir así?

—¿No es así como ha venido?

—Sí... porque no he podido echar mano a otra cosa más que a esta sábana, y la policía me perseguía.

—¿La policía la persigue?

—Sí... ¡Y no sabe usted lo que me pasaría si llegaba a cogerme!—suspiró Vera, tratando de enternecer a aquel hombre que era su único posible salvador.

—Y usted no sabe lo que me pasaría a mí si la encuentra mi mujer.

¡Vamos, lárguese!—exclamó Horacio, muy enérgico.

—Tranquílcese, simpático... Si me presta un abrigo me marcho ahora mismo.

—¡Un abrigo!... ¡Ah, un abrigo!... Sí, bien... ¡un abrigo!... ¡Oh, por Dios, métase usted ahí!—exclamó Horacio oyendo el ruido del llavín de la puerta de la calle y adivinando que llegaba su mujer— Entre ahí y no haga ruido, si no estamos perdidos.

Ella encerró en el armario ropero que había en el hall, donde estaban los abrigos de pieles de Clara.

Al cerrar la puerta del armario quedó prendida entre los batientes y arrastrando por el suelo, una de las esquinas de la sábana.

Horacio, que no se había dado cuenta de ello, se dirigió sonriendo a su mujer:

—¡Hola, querida!

—¡Hola, Horacio!... ¿Eh?... ¿Pero qué es eso?—preguntó, viendo la sábana por debajo de la puerta del armario.

—¿Qué?... —preguntó Horacio, siguiendo la mirada de su mujer. Y al descubrir lo que ella estaba viendo, se llevó las manos al corazón y exclamó: ¡Oh!... ¡Oh!...

—No sé por qué la doncella deja tirada de ese modo la ropa sucia—

dijo Clara yendo derecha hacia el armario a fin de recogerla.

—No... deja... yo haré eso... No quiero que trabajes, querida mía... Vendrás cansada de la calle, palomita... ¡No faltaría más! ¡Tu marido te ayudará!...

—¿Qué te pasa, Horacio?—preguntó Clara mirando extrañada a su esposo.

—Nada... estoy bien... Y tú, ¿cómo estás?

—Tú has bebido, Horacio—dijo Clara, mirándole con reprobación.

—¡Ya sabes que no me gusta el agua!—afirmó Horacio muy serio.

Pero viendo que su mujer estaba decidida a abrir el armario, se dejó caer en un sillón lanzando un alarido:

—¡Ooooooh!...

—¿Qué pasa?... ¿Qué te ocurre?... ¿Te sientes mal?...

—Mi corazón, querida, mi corazón... me falla... me falla por momentos... —murmuró Horacio haciendo muy bien la comedia.

—¡Horacio!

—Parece que la cabeza me va a estallar...

—¿Pero no decías que era el corazón?

—Sí... pero se me debe haber subido a la cabeza... Oye, tal vez no es el corazón ni la cabeza... tal vez

es el estómago... ¡Eso, eso es! ¡Tengo hambre! Anda, vamos a la cocina a comer algo... Un pedazo de jamón... digo, de jamón...

—Pero Horacio... ¿qué te pasa? Tú no creas el mismo de otros días. ¿Cómo puedes tener hambre si apenas hace una hora que hemos cenado?

—¡Ah, pues entonces es una indigestión!... Sí, sí, necesito pasear para digerir... Vámonos a paseo—dijo Horacio, que todo lo que deseaba era sacar de allí a su mujer antes de que pudiera descubrir la presencia de Vera.

—Pero, ¿cómo quieres ir a paseo con esa indumentaria? —preguntó Clara, viendo a su marido vestido con el batín y las zapatillas.

—Pues dicen que ahora está de moda salir así a la calle...

—Horacio... creo que te has vuelto loco...

Clara volvió a dirigirse hacia el armario, muy decidida, y Horacio se dejó caer otra vez en el sillón lanzando quejidos lastimeros.

—¡Aht... ¡Oh!... ¡Aht...

—¿Qué tienes, Horacio? ¿Qué te pasa?

—No sé, querida, me siento muy mal... ¿Quieres ponerme paños fríos en la cabeza?

—Sí... Vamos...

Antes de seguir a Clara, Horacio se volvió hacia el armario y dijo con voz bronca:

—¡Lárguese!

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Clara, volviendo la cabeza.

—Nada... Me duele la garganta y carraspeaba.

Salieron los dos al pasillo y subieron las escaleras. Vera aprovechó aquel momento para envolverse en el abrigo de pieles de Clara y salir corriendo a la calle. Un portazo seco sobresaltó a Clara.

—Creo que han cerrado de golpe la puerta de la calle...—murmuró, asustada.

—No... he sido yo con el pie—replicó Horacio, cerrando a su vez de golpe la puerta—. Estoy muy nervioso...

—Sin embargo, el portazo ha sonado antes de que tú cerraras...—insistió Clara.

Y Horacio replicó, muy convencido:

—Entonces, ha sido el eco...

Ya tranquilo al tener la seguridad de que Vera se había marchado, cambiando de tono, añadió:

—Bueno, ya no necesito las toallas... Me siento mucho mejor.

Pero Clara, que no estaba por completo tranquila, sin hacerle gran

caso siguió el rumbo de sus propios pensamientos y le dijo:

—Oye, Horacio, deberíamos tener más cuidado con la puerta... dejándola siempre cerrada con llave... pues ya sabes que yo guardo mi abrigo de visón en ese armario...

—¡Bah, temores pueriles, querida!... Aquí no puede pasar nada. Estamos en un país civilizado y la gente no se dedica a robarse unos a otros... Tu abrigo continúa aquí... —dijo Horacio, yendo al armario y abriéndolo despreocupadamente, pero volvió a cerrarlo de golpe, porque Vera seguía en él, y exclamó con terror:

—¡Ooooooh!...

—Pero ¿qué te pasa ahora, Horacio?

—¡Otra vez mi corazón!... ¡Ah, tengo vértigos!... ¡Oh, me muero, querida, me muero!... Vete a la farmacia, corre... Ve a buscar cataplasmas de mostaza...

—Pero... ¿pata el corazón?

—Pues tráeme hojas de afeitar...

—¡Horacio!

—No, no... quise decir aspirina... Eso, aspirina es lo mejor.

—Bien, lo pediré por teléfono.

—¡Oh, no, querida, tardarían demasiado! ¡Ve tú misma! ¡La farmacia está aquí abajo!...

—Bueno, iré yo...

Salió Clara y Horacio corrió precipitadamente al armario.

—¿Por qué no se ha marchado ya?—preguntó a Vera.

—Porque no me han dado ustedes tiempo.

—¿Y el portazo?

—Debe de haber sido el viento.

—Pues márchese en seguida.

—No tendrá que decirme dos veces—replicó Vera, corriendo como alma que lleva el diablo.

Al momento de salir ella por una puerta entró Clara por la otra:

—Cuando estaba en el ascensor me he acordado de que tengo aspirinas en el bolsillo del abrigo.

Fué el armario, sin que esta vez la detuviera Horacio, abrió y lanzó un grito de angustia:

—¡Ah!...

—¿Qué?... —Inquirió Horacio, temiendo que se hubiera encontrado todavía a Vera encerrada allí dentro.

—Mi abrigo... ¡Han robado mi abrigo de visón!

—¡Aguarda, mujer!... Estarás equivocada... Lo tendrás en otra parte...

—No estoy equivocada... Mi abrigo estaba aquí... ¡Ha desaparecido! ¡Voy a dar parte a la policía!

Llamó por teléfono a la Jefatura

Superior de Policía y dió parte de lo ocurrido.

—Ataban de robarne mi abrigo de pieles... Manden en seguida a dos policías y a un detective... ¡Ah, y manden también a un médico!... A mi marido acaba de darle un "ataque"... digo, un ataque... ¡Ah, estoy loca!... ¡Horacio! ¡Horacio!—gritó, corriendo hacia su esposo que había quedado tendido sin conocimiento sobre el sofá al pensar en el lío que se armaría si la policía lograba encontrar el abrigo de visión de su esposa.

* * *

En el colegio se comentaba apasionadamente el incidente ocurrido en el teatro.

—A mí me parece muy mal lo que se ha hecho con Sis—decía una de las muchachas.

—Pero nosotras ignorábamos lo de la policía y lo del vestido... Creímos que la broma se reduciría a hacerla cantar en público...—dijo otra.

—Francamente, a mí me pesa ha-

ber intervenido en todo esto—afirmó una tercera—. ¡Sis no nos ha hecho nunca nada malo, para tomar de ella semejante venganza!

—Al contrario; es una chica muy buena y siempre ha tolerado con paciencia todas nuestras burlas, y muchas veces incluso las ha secundado, poniéndose aún más en ridículo para hacernos reír.

—¿Habéis leído el periódico?

—Sí... Comenta lo ocurrido dando nombres... Me parece que Sis lo va a pasar muy mal cuando el decano se entere de ese escándalo—dijo Carol, que era lo que ella perseguía.

—¿Y por qué crees que va a enterarse el decano? ¿No hemos convenido en no decir nada?

—Bien... pero de todas formas se enterará...

—¿Por qué se va a enterar?—interrumpió Jeff, que había visto con muy malos ojos la canalleasca acción de Carol—. Si ninguno de nosotros dice nada, no ha de enterarse... Creo que todas estáis de acuerdo conmigo... Sis es una buena chica... distinta a las demás... ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, sí—dijeron todas.

—¿De acuerdo, Carol?

—¡No faltaba más!—replicó Carol de mala gana.

—Yo propongo una cosa — dijo una de las chicas —. Puesto que nos haríamos de Sis haciéndole creer que ingresaría en nuestro club, después de lo sucedido, propongo que sea admitida en él...

—Muy bien, muy bien, de acuerdo — dijeron todas, aplaudiendo la idea.

—Y, además, tengamos en cuenta que somos nosotras las que tenemos que agradecerle a ella que acepte el ingreso...

—¡Un momento! — interrumpió Carol —. Creo que merezco que se me escuche en este asunto.

—Si fueran a darte todo lo que mereces... no llas a poder sentarte en toda una semana — comentó una de las muchachas que jugaba muy justamente a Carol.

—¿Qué dices? — gritó Carol fuera de sí.

—Lo que has oído, y no me retracto de ello.

—¿Pues verás si puedo más yo que tú! — gritó Carol.

Iban a llegar a las manos, pero Jeff se interpuso.

—¿Queréis callaros y estaros quietas? — les dijo.

Las dos muchachas guardaron compostura y las demás se pusieron de acuerdo sobre la admisión de Sis en el club estudiantil.

—Ahora que os habéis calmado — dijo Jeff —, os comunico que he recibido un telegrama del empresario Max Well diciendo que envía un representante a ver un ensayo de nuestra obra... Si gustamos, puede ser que nos contrate para trabajar en Broadway.

—¡Sería algo magnífico!

—Cada año elige la mejor obra representada por estudiantes... y hemos de demostrarle este año que los mejores somos nosotros — afirmó Jeff, que tenía fe en sí mismo y en su gente.

—Sí, sí...

Fue unánime la aclamación y, desde aquel día, los ensayos fueron mucho más intensos y tomados con mayor seriedad. En todos los pechos latía la ilusión de trabajar en Broadway ante un público verdadero...

Jeff buscaba mejorar en lo posible la representación.

—Haremos un pequeño cambio en este número, para animarlo un poco — dijo al representante de Max Well el día que acudió a ver el ensayo.

—Hasta ahora me ha gustado mucho — afirmó el experto ayudante del empresario.

—¿Pues espere usted a oír a la muchacha de la que le he hablado!

Tiene una voz que es una verdadera maravilla.

—¿De veras?

—Usted mismo juzgará.

Cuando Sis apareció en escena el representante teatral se quedó un poco confuso, porque aquella muchacha no era lo que él había imaginado; pero en cuanto empezó a cantar rectificó su primera impresión; realmente, aquello era una maravilla. Hacía de su voz lo que se le antojaba. Y cantaba lo mismo en vís comica que los más dramáticos trozos de ópera. Tenía una textura extensa, un timbre perfecto, una escuela asombrosa. Era una cantante para triunfar en todos los escenarios, porque podía hacer lo que se le antojara con su voz y con su gesto.

El triunfo de la obra estudiantil era muy aceptable.

—Nos hemos metido al representante de Max en el bolsillo—decía Jeff en voz baja a todos sus compañeros.

Cuando terminó el ensayo, todos se precipitaron en torno a Jeff que era el que había atendido al enviado de Max.

—¿Qué le ha parecido?

—¿Qué ha dicho?

—Lo ha encontrado magnífico.

magnífico... Creo que hemos triunfado...

Se quedó luego Jeff un poco apartado del resto de los estudiantes, que se precipitaron en torno al bufete para reparar fuerzas y beber unas copas en honor al éxito obtenido, y fué cuando Carol se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Jeff? ¿No tienes apetito?

—¡Ah!... Sí, sí...—replicó Jeff, un poco ausente, como si le cansara la conversación de Carol, de aquella muchacha que tan mal se había portado con Sis.

—¿No es un broma lo que has dicho de que ha gustado tanto la obra?

—No, no es una broma... sólo que ha sugerido algún cambio...

—¿Qué cambio?... Espero que no serán importantes—murmuró Carol, alarmada ante la expresión seria de Jeff.

—Mira, Carol, yo lo siento mucho, pero esa canción tuya del segundo acto no le ha gustado...

—¿No le ha gustado la canción... o no le ha gustado yo?—preguntó Carol, mortificada y envidiosa.

—Te aseguro que no hay nada personal contra ti.

—¡Comprendo!... Prefiere que esa canción la cante otra... ¿no es eso?

—Verás, él opina que es una canción para un estilo de voz como la que tiene Sis...

—Mira, Jeff, somos nosotros los que hemos montado la revista, y no necesitamos que nadie nos ayude con consejos y promesas.

—Pero hay que ceder un poco... Si queremos que nos contraten para Broadway...

—¿A qué le llamas tú ceder un poco? ¿A que me eliminen a mí de la revista? ¿No he trabajado yo como la que más para conseguir que la revista sea un éxito? Pero a ti no te importa nada, ya lo sé. Todo lo haces por tú éxito personal. ¿No es cierto?

—No. Ni yo ni nadie pensamos en nuestro éxito personal. Todos trabajamos para que la revista sea un éxito.

—Bien... *artista genial*—dijo Carol con ironía—. Todo el éxito está en tus manos... Yo me elimino desde ahora...

* * *

Mientras esto ocurría en la escuela, Horacio Hopkins estaba pa-

sando las de Caín en su casa con la cuestión del abrigo de pieles de su esposa. Para retener a Clara en casa, se fingía enfermo y el doctor se esforzaba en vano en encontrar la causa de aquella enfermedad.

Aquella tarde le tomó la temperatura y el termómetro la marcaba normal, pero para el caso de que no estuviera bien puesto el termómetro, se lo volvió a colocar en la boca al enfermo, mientras él salía a hablar con la esposa para tranquilizarla.

Fué en aquel momento que sonó el teléfono y Horacio, no sabiendo qué hacer del termómetro, lo dejó dentro de la taza de té hirviendo que acababan de servirle para hacerle sudar, y contestó a la llamada.

—Querido...—dijo la voz de Vera— Ahora voy a devolverle el abrigo de visón de su esposa...

—¡Oh, no, no, por Dios! ¡No se le ocurra venir aquí!

—Escuche, simpático, que yo no soy una ladrona y como me marché de la ciudad quiero devolver lo que usted me prestó... Bien..., si no quiere que yo vaya... venga usted... Me encontrará en el bar... Si no viene dentro de diez minutos iré yo misma a llevárselo...

Como oyera Horacio que volvía el médico en compañía de Clara,

dejó el teléfono y volvió a ponerse el termómetro.

—A ver, a ver cómo sigue este enfermo... Estoy seguro de que la temperatura es normal—dijo el médico, tomando el termómetro y mirándolo—. ¡Cómo!... ¡No es posible! —exclamó, alarmado, porque había subido hasta el tope—. Si hace un momento que... ¡No hay un solo enfermo en la historia de la Medicina que haya resistido una temperatura semejante!... Y su aspecto es normal... ¡No lo comprendo!... Vaya usted corriendo a la farmacia y traiga una bolsa de hielo... Yo voy corriendo a mi despacho y traeré... a mi ayudante...

Salieron como dos exhalaciones a tiempo que entraba Sis en la habitación de su tío.

—Llegas a tiempo, querida. ¡Tienes que ayudarme!—dijo Horacio mirando a su sobrina con desesperación.

—¿Qué sucede?

—Anoche entró aquí, huyendo de la policía, una bailarina medio desnuda, y yo le dejé el abrigo de tu tía para que escapara... ¡Vete a buscarla y tráete el abrigo antes de que tu tía se entere de todo ese lío!

—Voy... ¿Y dónde está?

—En el bar... Date prisa... ¡Y que

no se entere nadie, porque si llega a oídos de tu tía estoy perdido!

—Descuida, tío Horacio... ¡Te juro que nadie lo sabrá!

Corrió al bar, se presentó Vera, cogió Sis el abrigo de tía Clara y se lo puso. Cuando iba a salir, muy satisfecha de su misión, dos policías la detuvieron:

—¿De dónde ha sacado usted este abrigo de pieles?—le preguntó uno de ellos.

—Pues... pues... lo cacé yo misma—contestó Sis—. Les voy a explicar la historia: una mañana estaba yo junto a un barranco... cuando allá, a lo lejos, detrás de unas matas, noté que había una enorme bestia... Di un rodeo... logré ponerme casi junto a ella... pero creí que debí de notar algo, porque se deslizó cautelosamente... y en cuanto daba un paso... yo daba otro... y otro... y otro...

Sis intentó huir, pero el policía la cogió de un brazo y le dijo:

—Y usted le echaría mano así... ¿no es cierto? Síguenos a la Jefatura de Policía y allí explicará usted esa historia...

* * *

Cuando el profesor Colonna se enteró de que Sis estaba en el calabozo, corrió a la comisaría, entró como un torbellino y encarándose con el que estaba de guardia le dijo:

—¿Qué es eso de meter en la cárcel a Sis Hopkins? ¿Póngala en libertad ahora mismo!... ¡Vamos, de prisa!...

—¡Espere un momento!... ¿Por qué tiene usted tanta prisa?

—Porque dejé parado el coche en la vía.

—¿En la vía del tranvía?... ¿No sabe que la ley lo prohíbe?

—¡Ahi!... ¿Sí?... Entonces voy a hacer que retiren la vía...—dijo Colonna, muy serio, disponiéndose a salir.

Pero el policía le detuvo:

—Aguarde un momento... ¿Es usted quien quiere que ponga en libertad a la señorita Hopkins?

—Sí, ¿Sabe usted quién soy yo?

—No.

—Pues yo... soy yo. ¡Y hay documentos que lo prueban!

—Será mejor que se largue... ¡No vaya a perder yo la paciencia con sus idioteces!

—No me marcharé si la chica no se viene conmigo.

—Y yo digo que no saldrá... coma no se lleve usted la cárcel...

—Bien, no tengo inconveniente... pero la cárcel tendrá que venir andando, porque no cabe en mi topolino.

—¿Quiere callarse? ¡Estoy cansado de oír sus tonterías! ¡Lárguese!

—No quiero. ¡Usted no puede retenerla más tiempo!

—Yo creo que puedo retenerla todo el tiempo que se me antoje... Una vez tuve aquí retenida tres meses a una mujer.

—¡Vaya tío de suerte!—murmuró Colonna.

—Espere... no se marche... me parece que yo he visto esa cara en alguna otra parte...

—No puede ser, porque siempre la he llevado puesta en el mismo sitio. Pero hablábamos de la chica esa... Déjela libre.

—No me da la gana. Entérese bien de esto: no pienso soltarla y menos porque usted me lo pida... ¿estamos?

—Entonces... ¿quiere hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

—De entregarle este pan de mi parte... Lo amasé yo mismo—dijo Colonna entregando un pan monstruoso al policía.

—Me parece que pesa mucho.

—Es que le metí un poco de queso.

Al ir a entregárselo, cayó el pan al suelo, rodando por éste toda clase de instrumentos de trabajo: llamas, martillos, todo cuanto pudiera necesitar Sis para abrirse paso a través de la roja de su calabozo.

—¡Ah... vamos... vamos!... ¡Ya decía yo que había visto su cara en alguna parte!... Mire...—dijo el policía, mostrándole una serie de retratos del propio profesor Colonna—. Se le busca en Nueva York por bigamo... Por desfalco en Chicago... por incendio en Detroit... robo en Piterburgh... falsificación en Claveland...

—Sí... he sido una abejita laboriosa...—sonrió Colonna como un niño aplicado.

Y huyó corriendo antes de que pudieran encarcelarlo como a Sis.

* * *

Al día siguiente, Sis fué llamada por el decano de la universidad y estuvo con él encerrada en el despacho durante mucho tiempo.

El profesor Colonna y todos los alumnos estaban detrás de la puerta intentando escuchar lo que pasaba dentro del despacho.

—¿Oye usted algo? —preguntó Colonna a la muchacha que tenía más cerca de él.

—No, nada.

—Igual que yo... ¿Nos habremos quedado sordos?

El decano hablaba a Sis muy seriamente:

—Yo reconozco, señorita, lo mucho que ayuda al colegio su tío el señor Hopkins... pero usted comprenderá que una institución de esta clase, tiene una dignidad y tradición que mantener... Yo creo que, en vista de su... contratiempo... lo mejor será que continúe usted su educación... en otro sitio...

—Y... ¿no podré actuar en la función de esta noche?—preguntó Sis, que había puesto todas sus ilusiones y sus esperanzas en aquella representación.

—¡Imposible!

Sis bajó la cabeza apesadumbrada y murmuró:

—Comprendo... Gracias, de todos modos...

—Señorita Hopkins... ¿insiste usted en no decir nada más sobre este asunto? Yo sé hacerme cargo perfectamente de lo ocurrido la otra noche en el teatro... Pero cuando

sus tíos se niegan a defenderla, viéndola metida en un conflicto como éste... en que la policía la acusa de haber robado un abrigo de pieles... no me queda otro recurso... A no ser que pueda usted darme alguna explicación... Dígame, Sis, ¿qué se oculta detrás de todo esto?

—No me pregunte nada, señor decano... No puedo decir nada... ¡Adiós!

Salió del despacho y sus compañeras le preguntaron:

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha expulsado... ¡Pero estuve muy cariñoso conmigo!...—y se marchó sin añadir palabra.

Los estudiantes organizaron una manifestación en son de protesta. Recorrieron con grandes pancartas todos los jardines y dependencias de la universidad, cantando a coro: "¡...! Queremos a Sis!... ¡Queremos a Sis!..."

Llegaron en manifestación hasta el despacho del decano que les recibió enérgico y les explicó las razones de la expulsión:

—Es todo cuanto puedo decirles—concluyó.

El profesor Colonna tomó la palabra:

—Pero, señor decano, usted no sabe lo que hemos trabajado para preparar esta revista... ¡Hemos he-

cho algo maravilloso! ¡Y faltando Sis todos los esfuerzos habrán sido inútiles!...

—Lo comprendo todo, profesor, pero mi decisión es irrevocable.

—Señor decano—intervino una de las muchachas—, ¿no podría usted aplazar su decisión hasta después de esta noche? ¡Representa tanto para nosotros!

—¡Además, Sis tampoco tiene la culpa!—añadió otra.

—Es cosa resuelta, señoritas; lo siento mucho—replicó el decano.

—¿Es su última palabra?—gritó el profesor Colonna en tono amenazador.

—Sí, es mi última palabra—replicó el decano con severa energía.

Y el profesor, cambiando de tono, añadió, dirigiéndose a los alumnos:

—Es su última palabra...

* * *

Sis había corrido a casa de sus tíos al salir del colegio, expulsada por una culpa que no había come-

tido. La recibió de muy mal talante tía Clara:

—¿Qué es lo que quieres?

—Tía Clara... dígame al tío que necesito hablarle...

—¿Crees que no nos has causado ya bastantes trastornos?... Mira, Sis, tío Horacio no quiere hablar contigo... Mi consejo es que no te acuerdes más de colegios ni de tontorrías... y que te vuelvas al campo, a tu casa...

—Creo que tiene usted razón, tía Clara... y eso es lo que quiero hacer... sólo que antes de marcharme quería darle las gracias a los dos por todo cuanto han hecho por mí... ¡Adiós!...

Nada dijo Clara a su marido de aquella despedida y por la noche, muy peripuesta y elegante, entró a saludar a Horacio:

—Me marchó, querido.

—¿Adónde vas?

—A ver la revista del colegio de Carol... Cuida bien al señor, Murphy—recomendó al enfermero encargado del cuidado del enfermo.

—Murphy, que se cuida de él... ¿Por qué no puedo ir yo también a ver la revista? —preguntó Horacio.

—Porque es orden del doctor... Te veré a mi regreso, querido... Cuidate...

Cuando Clara hubo salido, Horacio comentó en voz alta:

—Muy bonito... Mi hija y mi sobrina trabajan en la revista... ¡y yo tengo que quedarme en casa!

—Su hija tal vez quizá trabajará... pero su sobrina no...—replicó Murphy.

—¡Claro que trabaja! ¡Si hace uno de los principales papeles!

—Pues según dice el periódico no lo hará... La expulsaron del colegio y de la revista porque robó un abrigo de pieles...

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Cómo?... ¡Deme mi ropa, que me marchó ahora mismo!

—No se excite... está usted enfermo...

—¿Enfermo yo?... ¡Ahora verá!

Saltó de la cama, se vistió como un cohete y corrió al colegio, explicando al decano todo lo ocurrido a fin de que Sis fuera rehabilitada.

Cuando fueron a buscarla supieron que había salido para la estación a fin de tomar el tren de las nueve de la noche para marcharse de nuevo a su granja.

—Son las nueve menos cinco... Aun tenemos tiempo de llegar a la estación—dijo el profesor Colonna que era quien estaba más interesado en que Sis apareciera en la revista porque, al fin y al cabo, él

había sido su maestro y le halagaba presentar a una discípula tan aventajada.

—¿Qué te pasa, encanto? — le preguntó la Ripie viéndole salir descompuesto y precipitado.

—¡No me llares encanto!... ¡Estoy harto de oírte decir! — le rugió como un energúmeno.

—¿En qué tono me estás hablando?... ¿Es que ya no me amas, di?... —

—No quiero soportarte más y te lo voy a decir... ¡¡¡no!!!...

Corrió Colonna a la estación y llegó en el momento en que el tren iba a salir. Materialmente arrancó a Sis del vagón, haciéndola bajar al andén casi en un vuelo inverosímil.

Entonces se encontraron que no había taxi ninguno disponible, pero como Sis tenía las decisiones rápidas, se subió a una de las vagonetas eléctricas para el transporte de equipajes, y le dijo al profesor:

—¡Suba!... ¡Yo sé manejar esto!

Salieron disparados. El tráfico se interrumpió. Iban como locos por las calles. Colonna gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Eh, cuidado!... ¡Prohibido aparcarse en marcha!... ¡Apartarse, que ahí vamos nosotros!... ¡Apártese!... ¡Eh... cuidado!...

Sorteaban autos, trolebuses, tran-

vías, iban haciendo zig-zags como si estuvieran beodos, y llegaron al teatro sin más tropiezo que haber atropellado a una serie de transeúntes, haberse metido en un camión de transportes, haber arrancado el toldillo de un puesto de flores, y algunos incidentes de menor cuantía, que no consideraban bastante importantes para ser mencionados.

—De prisa... Sí... vístete... Llegas justo para tu número...

La revista se desarrollaba en toda la magnificencia... Los coros, las bailarinas, las primeras actrices, las muchachas y los chicos de conjunto, todo era perfecto... cuando apareció, dentro de una carroza estilo Luis XV y vestida a la usanza de la época, Sis Hopkins. Bajó con aire de reina de la carroza, descendió las gradas con empaque de emperatriz, y al llegar al centro de la escena, en medio de las damas y caballeros de corte que estaban bailando un minué, el profesor Colonna le tendió la mano y los dos comenzaron a bailar... una loca danza de hot que era como un mentís moderno a la elegancia de aquellos remotos tiempos barridos por unos siglos de historia...

El éxito fué definitivo y Sis Hopkins, la campesina que un día saliera de su granja, casi sin saber

hablar, triunfó en la escena como la más completa y acabada de las artistas, coronada por el más rotundo y definitivo éxito que jamás hubiera conocido ninguna compañía

estudiantil, y ganándose el afecto de todos, incluso de su tía y de Carol, que había actuado en la revista gracias a la insistencia de Sis, obteniendo todos un gran triunfo.

F I N

EN PREPARACIÓN:

CANCIONERO DEL MOMENTO

(Popular de Jazz, Hot y Melodías)

Biografías y anécdotas de los más aplaudidos
ejecutantes, cantantes y autores

Fotografías inéditas, exclusivas de
EDICIONES BISTAGNE

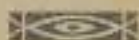
Recopilación por
ANTONIO LOSADA

¡EL MEJOR CANCIONERO DEL MOMENTO!

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

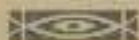
(La vida de los "extras" en los estudios)



Apuntes del natural

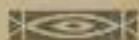
por

RAMIRO MARQUÉS



Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!



Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

